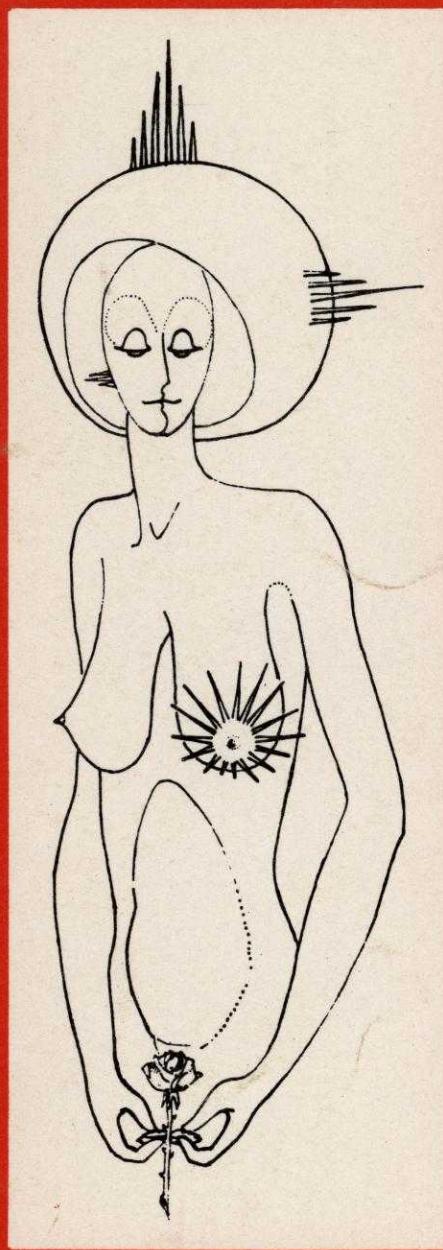


NORTE

CUARTA EPOCA-REVISTA HISPANO-AMERICANA-NUM 285



NORTE

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Fundada en 1929

Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C. / Lago Ginebra No. 47-C, México 17, D.F. / Teléfono: 541-15-46 / Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D.F., el día 14 de junio de 1963. / Derechos de autor registrados. / F.A.H., A.C.: Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial. / Director Fundador: Alfonso Camín Meana. Tercera y cuarta época: Fredo Arias de la Canal.

Impresa y encuadrada en los talleres de Impresos Reforma, S.A. Dr. Andrade No. 42, Tels. 578-81-85 y 578-67-48, México 7, D.F. Diseño y servicios gráficos de arte: Editores de Comunicación Creativa.

El Frente de Afirmación Hispanista, A.C. envía gratuitamente esta publicación a sus asociados, patrocinadores, simpatizantes y colaboradores; igualmente, a los diversos organismos culturales privados y gubernamentales de todo el mundo.

NORTE

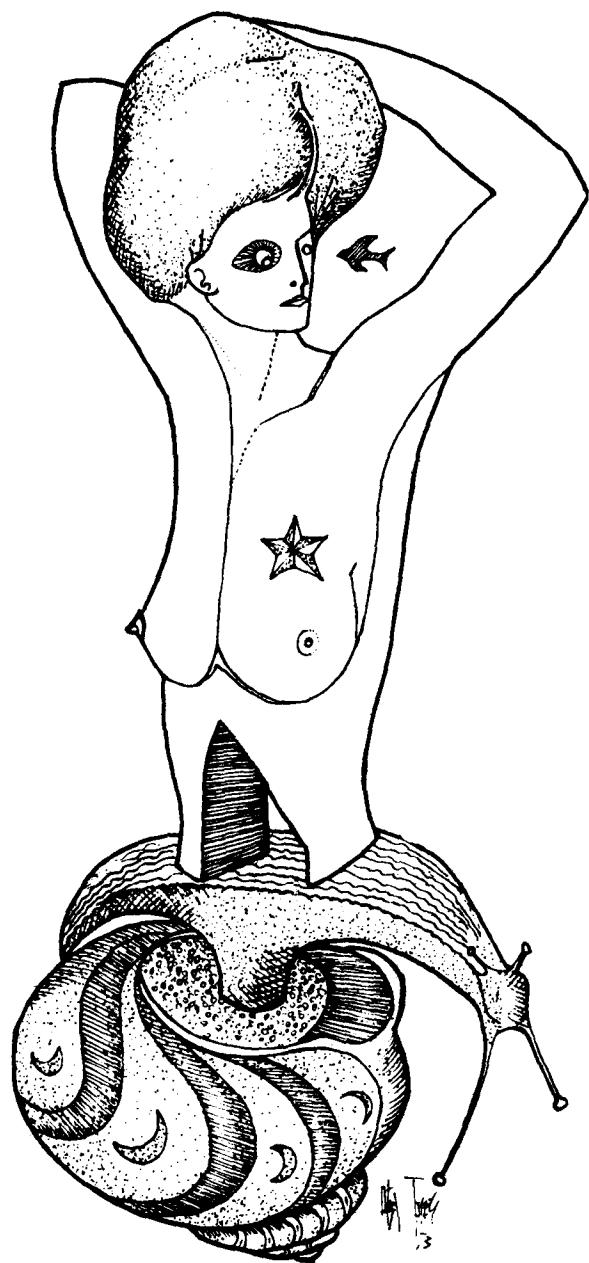
NORTE, revista hispano-americana. 285, septiembre-octubre, 1978.

SUMARIO

LOS SIMBOLOS DE LOS OJOS, LAS ESTRELLAS Y LA LUZ (Tercera parte). Fredo Arias de la Canal	5
"EL ACENTO DE LA POESIA". Salvador Rueda	36
CARTAS DE SOLIDARIDAD DE LA COMUNIDAD HISPANOAMERICANA	37
PATROCINADORES	39
PORADA, CONTRAPORTADA, PAGS. 5, 30, 32, 38: DIBUJOS DE JOSE ORTEGA	

el mamífero hipócrita VII

LOS SIMBOLOS DE LOS
OJOS, LAS ESTRELLAS
Y LA LUZ



Fredo Arias de la Canal

TERCERA PARTE

Eduardo J. Vercher, valenciano, en **Poema sentimental:**

Imposible esta puesta de SOL.
Cómo pintar el cielo que no ves con mis OJOS
si no es ensangrentando mi velamen de sueños,
 ancorado en un alba solitaria...

Quieren copiar mis labios tu sonrisa
como cuando volvían del amor de los tuyos;
pero, apenas se mueven,
tu nombre, quedamente, levanta el vuelo y huye,
BRILLA sobre el azul,
es la primera ESTRELLA que le doy al crepúsculo.

Fernando Sánchez Zinny, argentino, en **El otoño entre las ramas:**

Cuando vemos voltearse las aspas sin consuelo,
restituyendo al cabo lejanías y líneas,
cuando al alba vacilan las ESTRELLAS postreras
y un corazón se inicia en pos del que decae;
triste es y vano.

Cuando vuelven mojados de la sombra los pétalos
y las cosas declaran la vida retornando
otra vez su armonía de LUZ y de sonidos
a los parajes donde la soledad yaciera
y aún es en vano.
y ayúdame a llorar en estas playas.

Pero el Dios que del búcaro cuidaba al fin se duerme
y los OJOS, un día, se han de extinguir abiertos
y sumidas las manos contendrán el olvido...
(Y empero si menciono el futuro al hallarte,
él ya no existe.)

Teresinha Alves Pereira, brasileña, en **Por tus fotos:**

Mis OJOS se quedaron ahí, con los tuyos
porque han sufrido el color de tus fotos,
el cuidado del mundo manchado en blanco y negro
y tu amor de hermano y tu cariño.
En mi patria la espada
asesina del ideal y de la juventud
te ha herido la sensibilidad.
Aunque sea noche para los pájaros
y la LUNA ya no apaciguará mi gente

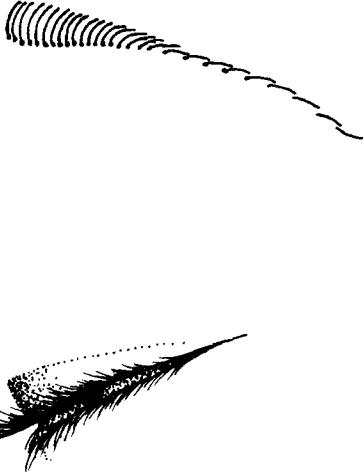
en la voracidad del azul,
tu has visto la flor y has sufrido en mi piel.

Llámame hermano, junto al mar
y te llevaré una rosa robada
entre las botas que me oprimen
y avergüenzan. Oye,
ayer la paseé por las calles del Brasil
donde los jóvenes fueron sacrificados
y donde una torpe LUZ mató la libertad.

Grita junto a mí con tu voz caliente
pues mi dolor ya te commueve y te reside.

Guillermo Ibáñez, argentino, en **Solución conocida:**

Llevo en mí un destino de pie grande hundido
en la tierra
un deseo de doblar cada esquina de la noche
para encontrar
el propio eco
para no morir sin saber del próximo SOL
para despertar después de haber podido dormir
y una deuda de noches al destino onírico y al SOL
nocturno del hielo
con mi incomparable pobreza de niño
con mi niñez de martirio insufrible
con mi cobardía inmensa de hombre-niño
apartándome hasta el límite de la inconciencia
para escapar de esos con paredes de sueño
que asimilan
esquemas y expelen resultados
o de los que sientan sus OJOS sobre el cielo para
amar careciendo de manos
Nunca faltan esos
Ni tampoco el que grita
Ni el que muere
Ni el desesperado ahogado
Ni el que muere en sueño
Ni el que sube con zapatos de plomo
una montaña inaccesible
Ni el que grita
Ni el que muere
Ni la repetición constante
y sigo tratando de duplicarme centuplicarme
para sentir más
veces lo humano que soy para ver millares
de noches en una
y llegar al día al final del conteo
con el primer número UNO solo mordido
doblado perdido en



él mismo entonces
Para qué andar caminando la soledad si la LUZ es
muerta si
el cauce es río
para qué conociendo la solución
Para qué si las venas engordan como niños
glotones cuando
se las estrangula.

Leopoldo de Luis, andaluz, en **La fragua**:

Como el herrero contra el yunque día
a día el duro material trabaja,
tomo el metal oscuro de estos versos,
la sonora hoja azul de estas palabras,
las saco al rojo de mi lumbre, templo
su hierro sumergiéndolo en el agua
de mis OJOS y busco una vez y otra
conseguir un acero de esperanza.

Todos vosotros golpeáis conmigo
en la misma materia cotidiana,
sonáis en este yunque, o soy quien suena
en vuestro golpear cada mañana,
como el hierro común en que las manos
de todos su seguro temple salvan,
y mi voz es tan sólo como una
mínima ESTRELLA que en el aire salta.

Pequeña ESTRELLA ROJA, breve esquirla
de LUZ. Golpeo. Golpear. Un ascua
puede encender, quiere encender. Su brillo
sueño que sea una sonrisa humana;
no llegará a ser rayo de alegría.
pero algo más será que inútil lágrima.
Chispa menuda que del hierro oscuro
nace de pronto estremecida y clara.

Nuestro metal batimos. Nuestro acero templamos. En la terca noche flagran como constelaciones diminutas, ASTROS fugaces, luminosas patrias, siderales espumas que las olas de los sueños libertan y levantan desde el fondo del pecho, golpe a golpe del corazón, esa pequeña fragua.

Inés Romero Nervegna, uruguaya, en Iluminación:

En este jubileo de figuras errantes
hay un SOL negro que llamea
y una LUNA de sangre.

Dibújase un triángulo amarillo y algunas hojas verdes de recortados ángulos.

En este jubileo de maitines
hay un OJO que mira
desde lo hondo.
Resuena una campana ultramarina
y un pez alado parte veloz hacia el espacio

En este jubileo del desvelo
hay una LLAMA errante
que arde en el horizonte evadido y gastado.
En este jubileo de figuras errantes
extraño jubileo de maitines desvelo
urge gravitación de la Presencia.

Pablo Atanasiú, argentino, en **Caballos en el crepúsculo**:

Se juntan a la tarde sus viejos esqueletos como ángeles castaños que fueran a morir. En ellos nadie pone la premura del tiempo. Existen. Eso es todo. ¡Y es tan duro vivir!

Con sus OJOS parecen cavar en el paisaje
y están mirando al fondo de sus propios recuerdos.
Tuvieron nombres claros, patrones apremiantes
y fueron casi humanos: bondadosos y tercos.

Pero hoy todo es distinto. Los niños no se acercan.
El SOL no los entibia. En ellos muere el día.
Su piel sólo la surcan primitivas tristezas
y venas que les trazan absurdas geografías.

A veces se contemplan entre sí, mansamente,
sin rencores, sin nada, como hermanos caídos.
Y entrecocan sus flancos, sus flancos indolentes
que azuzan sin respuesta jinetes desvahidos.

¡Qué lejos está el tiempo de alegres carromatos con sus vivos colores y sus simples leyendas! El campo era más blando bajo los grises cascos, el cielo era más claro y el agua era más fresca.

Crepusculares carnes, silencio hecho de huesos.
Humildes como todo lo humilde de la tierra.
Pausas de la llanura. Agónicos **espejos**
en los que se demora un luto de praderas.

Caballos en la tarde, vueltos hacia el olvido.
Mi alma está a vuestro lado como en un largo adiós.
Cuando la noche gira sus **ASTROS ENCENDIDOS**
yo pienso en esos **OJOS** saturados de amor!

Lucrecia Silva Noseda, argentina, en
La persiana:

Expatriada del aire y la **paloma**,
del rosicler lejano y su ventana,
perdida entre sus **OJOS** la mañana
sonríe al sueño que le da su aroma.

Cercada como está por alta loma,
su esperanza de cielo se hace vana,
mas el mundo de atrás de su persiana
le alcanza un cielo puro al que se asoma.

Vive ahora en un ámbito de aurora.
Campanas de alta **LUZ** quitan la sombra,
la devuelven al aire que la nombra.

Por la fuerza del vuelo rescatada
una **ESTRELLA** le vuelve a la mirada:
la **ESTRELLA** del amor que la enamora! . .

Dely Padilla, chilena, en **Vanidad**:

Golondrina en **ESTRELLAS**,
ciega
¿Qué buscas?
Tu vida está entre **muertos** y árboles de lluvia
donde el **SOL** se hiela y la piedra sangra
y el **gusano** se nutre de entrañas.
No tienes cabida en la **LUZ** nuestra,
son turbias tus plumas, retorcidas tus alas,
por **OJOS** llevas sombras y corcho por lengua,
miserias te abrigan,
compasión te prestan las tumbas heladas.
Regresa el misterio con tus esqueletos,
te darán refugio en un nicho abierto.
Golondrina ciega.

Ramón Oviero, panameño, en **Presencia de la sangre adolorida**:

Decidme rosa amarga del sollozo:
eclipse sideral de dura **piedra**:
mortaja inextinguible del dolor:
corazón repartido en mil pedazos:
cadalso adolorido de tu sombra:
resonancia de hueso torturado:
campanario de frágil amargura:
raíces del dolor de los humanos:
decidme: están las calles como siempre?
Son los hombres los mismos que gritaban
repartiendo la **flecha** del sónido?
Son los mismos? Los mismos que luchaban
con hojas y jazmines en los dedos?
Es el mismo dolor el que se viste
de rojo en cada noche, en cada luna,
en cada **sed** que el viento desconoce,
en la epidermis débil de la aurora?
Es el mismo **puñal** el que se clava
en la boca del alma enrojecida?
Están las mismas frases caminando
el sendero de amor que idealizaban?
Está siempre el silencio repitiéndose
en el sucio recodo de la vida?

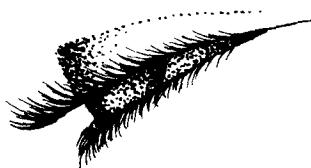
Contestadme dolor de **rosa muerta**!

Contestadme vasija de la noche,
sollozo de la fruta y de la espiga!

Golpearadme los sentidos con las lágrimas,
rosa equinoccial, **pájaros de LUMBRE**,
que quiero conocer el llanto mismo
y palpar el dolor de la partida!

Heridme con tus sílabas ocultas,
paredes que la sangre destinera!

Heridme! Heridme amor que desconozco,
y veréis cómo salen de mi sangre
niños, hombres de rostros como espuma,
sabor de tierra dura, **OJOS de madres**
torturadas, dolor de **ESTRELLAS rotas**,
cadáveres de sólida amargura,
mil bocas escupiendo simples **balas**,
entrañas desgarradas por fusiles
y semillas, angustias y camanas!



Daniel Gutman, argentino, en **El ángel de la tristeza**:

quién hurtó el cuerpo de la LUZ
la gloria que el cansancio depositó sobre el demente
a la hora en que los pordioseros sacuden las
monedas del olvido
produciendo el mismo campanilleo monótono
con que la semilla del poema despierta la agonía
del poeta
para aprehenderlo en un desenfrenado baile de
horas destrozadas
donde lentamente la locura (la poesía) va exigiendo
la lucidez del gato en la caída
lentas praderas dormidas
sabias en la tarea de volver justas a sus hierbas
melancólicas
antes de arrancarles el abrigo sin el cual es
imposible
acercarse al invierno de los hombres

cuando sueño que camino por relojes
por precisos y relucientes relojes de toda especie
y material
jamás supuse que pisaba el tiempo
nunca quise apresurar mis horas
siempre supe que sus agujas me atraparían
a las tres en punto
antes de culminar el sueño

entonces busqué la mano que el SOL me tendía
en el calor de la arena
a orillas del mar contemplé mi segundo nacimiento
y vi mi cuerpo emergiendo de las aguas
algas amarillentas pendiendo de mis brazos
se iluminaban como los OJOS de mi sexo
entre tus piernas
porque nada escapa a las leyes naturales
y además estaba amaneciendo

nube azul!!!
gritó el niño que aprisionaba una paloma
entre sus dedos
accediendo al campo de la libertad del que
jamás se vuelve
la crueldad dibujaba estigmas demoníacos en
sus mejillas
en las mismas mejillas del chocolate de las
figuritas repetidas
en las mejillas del candor y la esperanza
se construyó la muerte un lugar donde seguir
aguardando

Francisco Medina Cárdenas, chileno, en **La epístola universal**:

AMOR:

La Poesía destroza el caos universal con dos corazones enlazados en el deslizamiento dramático del agua azul de una roca hinchada de esponjas y girasoles tiernos.

Una nueva generación verde LUNA está renaciendo entre mástiles y oropéndolas contra el extraño vértigo de las usinas que achata el ritmo de los cabellos y pudre los labios que siempre se volcánizaban.

Eternamente aborreceré los esqueletos deshechos al igual que el geométrico suicida que golpea frenéticamente las ESTRELLAS mientras levanta su negra lengua.

La misión nietzscheana del Cosmonauta es crear la bella locura de cada sentido a través del sendero mágico del HUEPULL (en araucano El arco iris) sin inquietarse por las fatigadas PUPILAS, billetes, tedios salvajes e instintos lóbregos, puesto que estamos muy oxidados.

AMOR.

Anhelo concentrar la leyenda del átomo maya en medio de mis dedos para que puedas conquistar esa gran plegaria nómada, nuestro origen. Amar los jirones temperamentales del hombre amanecido encima de un vidrio rodeado de espejos ceniza, sin rumbo.

AMOR.

Los Poetas detendrán las hormonas de las guerras, retrocede al cuchillo saliya milenaria, estirando el clavo deshumanizado de todos los laberintos que sólo reducen, en ocasiones, matan El Reino del idealismo que nutre a las flores sagradas y ritualiza la inmensa hojarasca que dialoga con los insectos.

AMOR.

Un beso nace a trechos de campanarios húmedos, albas de fuego y quetzales.

Primo Castrillo, puertorriqueño, en **Sombras**:

Es verdad... de vez en cuando
la LUZ se repliega vencida
y cede campo
al implacable avance de la sombra
y deja morir su **última gota**
en la densa garganta de la noche.
Pero la LUZ no muere para siempre
eternidad invisible
tiene la virtualidad
de renacer de la sombra
como el **ave fénix** de las cenizas
y retornar más fuerte y remozada
más purificadora y penetrante
más físicamente imposible de vencerla.

LUZ DE SOL... LUZ DE ESTRELLA lejana.
LUZ en la niña serena de tus OJOS
con párpados cargados de nostalgias.
LUZ que rebosa de claridad cósmica
la eternidad del pensamiento humano.
LUZ inagotable de tu mente
corazón perdido
en la añoranza del tiempo pasado.
Solitario que busca mujer maternal
que le diga con una voz angelical:
—Tú eres mi prenda... mi LUZ vital—.
LUZ que resbala sus dedos de SOL
por los contornos de la palabra madura
y enciende llamaradas de ansiedad
donde la palabra retarda la acción.

Mujer y LUZ... LUZ y niño.
LUZ que palpita en el dorso de las hojas
LUZ que aviva el tornasol de las palomas
LUZ en las ventanas de tu cabeza.
Entre la LUZ... y yo
media una corta distancia
de albas, ocasos, cosmogonías.
Entre tú... y yo
media una falange de sombras calladas.
Sombras en sigilosa vigilia
quisieran roer el sueño de mis párpados
y **bebérse la LUZ de mis ojos**.
Mi LUZ, la de él, la de ella.
Nuestra LUZ
la que enciende una espiga dorada
en la colmena de tu pensamiento
o la que arde y centellea
en la granada abierta de tus labios.

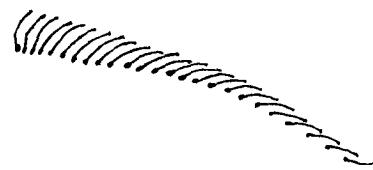
Labios inefables de pasión
hambrientos de amor y delirio.
Hambrientos de recoger la LUZ
en toda su pureza
y esplendor de oro virginal.
Gozarla en su claridad de alborada
en su plenitud prodigiosa
de vitalidad crepitante y clamorosa
y en su ¡ay! de rosa desflorada
que parezca el grito
o la voz cálida y sorprendida
de una virgen violada en la Sombra
por un relámpago de LUZ devorante.

Y en **Aquella luz** de su libro **Ecos de montaña**:

Aquella LUZ
que arde en los **PARPADOS del cielo**
y se apaga de noche
cuando el hombre cierra los OJOS
y se abre como una flor
al mundo interior de sus pesares.
Aquella LUZ
que se puede alojar
en la punta de una **aguja**
o en la pestaña de una mujer
es la LUZ
pura, divina
que hace del verso... poesía
del ruido, armonía
y de la armonía
contrapunto de sinfonía universal.

Aquella LUZ
de faro simplificado
de SOL reducido a tamaño de diamante
de LUZ **filtrada a través del dolor**
es la LUZ
que Dios, el ángel y el demonio
prenden en lo más recóndito
de mi alma.

Es la LUZ-TRIGO
del que brota el pan de mi canción
para alimento y solaz
de todo ser humano
que como yo
lleva también una **gota de LUZ**
encendida en el fondo del corazón.



Manuel Garrido Chamorro, andaluz, en **Mi Búsqueda**, de su libro **Cuaderno de Cristal**:

Yo no busco las cosas, sino el humo
que de ellas se desprende... , su latido:
en el campo, el perfume y los colores
de las flores silvestres... La prestancia
del amor de la rosa, en primavera;
su rubor frente al **zángano** atrevido,
que besando su néctar la apasiona
con el vivo placer de su mensaje
de polen... Me admiro contemplando
la agonía de las hojas en otoño
y la **LUZ del silencio** en mi hondonada.

Me embelesa del arpa, su sonido
y su sombra... Del arpegio, la nota
que se muere en el aire y que nos deja
la emoción de los dedos que la arrancan.
De la música, la coda de la fuga
cuando pasa y repasa los espacios
del pentagrama mudo... De tus OJOS,
la **temblorosa LUZ** que se recata
del rubor que encendiera en tus mejillas
mi beso... De tus labios, la púrpura
que brote al oprimirse con mis labios
cuando caliente el ósculo tu sangre...

De tu cuerpo, la barcarola lánguida
de aquella lasitud estremecida
que sientas en mi abrazo y que mi cuerpo
reciba con la trémula ventura
de tu vientre, bogando en la esperanza... .
De tu ser, la agonía del suspiro
que exhale la emoción y la congoja
de tu felicidad reconfortada...

De la noche de amor, el velo suave
de las sombras..., y el **RAYO DE LA LUNA**
que penetre en tu cuarto e ilumine
tu rostro adormecido y tu desmayo... ;
y de tu voz, esa canción soñada
que no encuentra su música y no suena,
sino en el pensamiento que imagina
cómo podrías decirme que me amas...

Lo demás, no lo busco. Ya lo tengo
siempre presente en este mundo exacto.
Pon alas de tu fé a mi pensamiento
y haz que siga buscándote y buscándote
en la sombra perdida de mis álamos.

Adalberto Andrés Migüez Ayala, argentino, en **Campesino del silencio**:

Llegaré
desde la sombra del humo,
traspasado de sonidos,
hasta el campo del silencio;
en la boca...
un grito de **SOL** y savias;
en los OJOS...
mirada lejana
recorriendo horizontes de sufrimientos y **muertes**.
Te encontraré, campesino,
encontraré la cosecha de soledades y esperas,
encontraré al quijote alimentando leyendas;
me mostrarás los caminos que recorriste en la
siembra
de verdes esperanzas,
me mostrarás las semillas,
me enseñarás a plantarlas,
me enseñarás a esperar
con la suavidad del **ASTRO**,
me hablarás de los potros
o de tú rancho de tierra;
me dirás que las lluvias
maduran los frutos,
pero que pudren las raíces
si la **LUZ** se extingue
y el blanco **SOL** se muere
como se muere el **pájaro**
que llevo desnudo de risas;
enséñame campesino
como soltarlo a los vientos
para que cante y no caiga;
enséñame a beber la sangre
de los árboles y plantas,
hasta lograr la franqueza
petrificada en el rostro;
enséñame a liberar
estos veinte **caballos blancos**
que me golpean el tórax
por saltar a la vida,
queriendo dorarse de **SOLES**;
queriendo tragarse el verano;
enséñame a correr,
y **devorar** de un aliento
toda la frescura que brote de las hierbas;
enséñame a ser feliz
hablando con los OJOS
entre bestias que no escuchan
pero adivinan palabras;

enséñame a comprender
tu ridícula alegría
de triste ser ermitaño;
enséñame la paz de tu mirada quieta;
enséñame que existo
desde la esfera quemante
que madura los brotes,
desde el verde silencioso,
desde el origen del hombre...
desde allí donde el metal
no se construye en máquinas,
allí donde nacer
es arado, caballo, y paja...
y al pasar mi brazo por tu espalda de cansancio,
enséñame a caminar por los desiertos del tiempo,
enséñame a conocerte...
campesino de la brisa,
campesino de la vida...
campesino del silencio.

Margarita López Portillo, mejicana, en **Los días de la voz**:

Siete grandes potencias
con sus catorce alas
sostienen la cúpula
de este Universo.
Siete arcángeles
de fuerzas poderosas
hacedores de LUZ,
comendadores
de ejércitos celestes;
instrumentos de fuerza.
Ellos encienden
las lámparas
de nuestro cuerpo,
el OJO purísimo
que nos ilumina
y transfigura;
que despeja las tinieblas
sin parte alguna tenebrosa.
Siete ASTROS que poseen
las llaves de la **muerte**;
siete espíritus benditos
con sus siete trompetas;
aquellos que gobiernan,
aquellos que vigilan
¡los amados
por el que da y reparte
la vida,
la muerte,
la justicia!

Tirso Canales, salvadoreño (1933), en **Elegía del recuerdo**:

Tal vez seas LUZ
agrupada en el polen,
o perspectiva
de fiebre en la raíz.
¿Te absorbe alguna ESTRELLA
de futura energía?
¿Te evapora el calor
de un SOL arcaico?
¿O te condensa
el aire primero de la vida?

Bien puede ser abeja
la llama
que surgía de tus OJOS;
y rocío
la sombra de tus dedos.

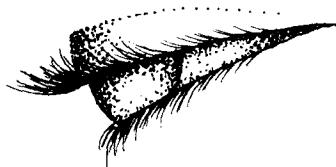
Manlio Argueta, salvadoreño (1936), en **Requiem para un poeta**:

Tú que vas por el mundo en la hora del sueño.
Marchas con alegría. Saludas con una flor
iluminada por tu sonrisa de niño malo.
Tú que hablas con los vagabundos. Haces poemas.
Das de beber al sediento de las noches difíciles.
Tú que deseas congraciarte con la humanidad.

Repites
homo homini lupus y sin embargo nada tienes.
Por el camino vas dejando todo. Tiemblas de frío.
Ves en el amigo la mejor ESTRELLA.
Compartes la camisa. Te das en la poesía.
Te queda sucio el cuerpo, el polvo de la LUZ;
lees orlando fresedo en las páginas literarias
pero por dentro te nacen ríos entre lirios.
Y descubres el oficio de ser hombre.

Sé que resulta difícil ganar el pan de cada día
(dáñoslo hoy y perdónanos). Y peleas con los
perros;
pero alzas los brazos en dirección al aire
hacia donde **palomas** en bandadas
miran con sus OJILLOS de encendidas luciérnagas.
Y tú las miras también, en la hora del cazador.
Y tú las miras en la hora que nos roban el corazón.

No hay alternativa. Robas el pan al llanto,
ladronzuelo.
Es la palabra de siempre. Luego, el himno de
batalla:



miradme no me queda nada salvo mi fama de bandido,
y mi piel cantadora, alma mía, alma mía el día que tú me olvides.

Lavas el aire con tu rostro de agua fresca.
Cuando eres el primer perfume de la madrugada.
Cuando eres malherido constante. Figura malherida.
Copa de LUZ enferma. Incomprendido por el puñal de la noche.
Así te **mueres**, la suciedad del tiempo cae sobre tus formas de poeta. •

Temes al soplo de la soledad. No sabes adónde ir. No sabes si naces para el vuelo y hay que robar el **pájaro** cautivo. Por eso cuando llueve sobre la hierba, cuando los clarineros dibujan el perfil de la mañana, cuando las **cigarras** entonan la misa triste para los desaparecidos, hacen tu vaso limpio y los OJOS que velan.

A veces, eres **piedra** mojada por la niebla del vino. Inaccesible bondad o **ángel de la guarda** que no sabe a quién cuidar. Y entonces caminas. Buscas la soledad en el sueño de viajero sin alas.

Y allá lejos, nos disputamos con nuestros propios deseos
la espina del pescado... Pero no. El caro sorbo de agua.
El duro pan. El encierro.
E igual nos saludamos con el mismo sombrero.

Despiertas en las calles con un ramo de flores. ¡Buenos días! Y saltan las ESTRELLAS humedecidas por la noche. Tus pies navegan en octubre. Navío de otoño. Mar tocado por el oro de las hojas agónicas. Mientras un **ciervo** besa la mano de los niños y la bondad es como la fruta roja del bosque.

Así vas niño loco. Tirapiedras querido. Niño sin memoria. **Ángel** castigado por dios. Niño de las **golondrinas**. Caja de musicalidad. Elevador de lunas. Santo de los diez centavos. Misa de ron. Poeta en alas de la madrugada.
Niño loco entre hojas de eucaliptus. Hermano de los miserables.

Tú que vas por el mundo en la hora del sueño por esas calles de san salvador bañadas por la LUNA llena.

Das pasos de niño, de vuelo recién inaugurado, cuando la noche es oscura, el corazón es temeroso y mañana será otro día.

Roberto Armijo, salvadoreño (1937), en **Oye. El mundo. Rodeados de soledad:**

Pequeña, mi pequeña. Solos. Rodeados de soledad. De miradas duras que vigilan. Que nos niegan la dulzura de acercarnos temblando con los OJOS cerrados.

Pequeña, mi pequeña, afuera de nosotros, despierta jubiloso el mundo. Nace un **pájaro**, un ASTRO, una mañana; una enredadera siente que estalla en llamas delicadas; mientras nosotros dos, solos, rodeados de soledad, de miedo, de tristeza.

Ven, desciende de ti, de tu ámbito de rosa o de **paloma**, y alumbra esta sombra que arde en el insomnio y se deshace sin límite, sin memoria. A veces creo que el espacio que sostiene tu ternura, tu ternura de fruta, de enredadera y semillas ciegas, no serán para el pulso de mis **labios sedientos** que aman el murmullo adelgazado de la LUZ que viene del fondo de tu temblor a nacer en tus OJOS;

pero siempre eres el mar, la espuma sola, porque en tu tranquila manera de vivir, duerme lo rumoroso, lo sereno de la LUZ y el agua. Cuando estoy como una nube de incendio y de tristeza,

aferrado a ti, porque me hunden tus OJOS, se despierta mi sangre y es **hiedra de sed** o **leopardo** clavado de temblores, de furias amorosas, que persiguen tu sueño, tu aventura de criatura delicada.

Si fuera un **ángel**, una brisa atravesando tu cabellera, tocaría apenas tu blancura donde vive el **pájaro**, la flor y la música; pero el delirio de la tierra que me alza en fiebre de ardores desolados me abre el destino de pensamiento que desea y **muere**.

Cuando me acerco a ti, mis OJOS cierran el
paso de la tierra
que me entrega frutas, aves y celajes,
y empiezo a escuchar el universo que en tu piel
amanece.

Por tus OJOS voy como un río
a reflejar el alba,
las LUNAS que nacen de ti,
que ondulan como el pecho de una paloma.
Por tus OJOS voy como dormido.
Alucinado mi rostro busca el espacio de tu dulzura,
tu hoguera derramada de ASTROS,
y escucha el dibujo de una lágrima que se abre
en sollozos.
Yo no quisiera ser lanzadura o ala turbia de sombra.
Siempre soñé para ti la música del río,
de la espuma del mar,
de la noche cayendo sobre el bosque;
pero si hiero con mi temblor de barro solitario
es porque amo con sangre, con tristeza y ternura.
la primavera aérea y dulce,
de tu ser tranquilo, primoroso,
donde nace lento el mundo del pájaro,
de la aurora, de la flor y el ángel...

José Roberto Cea, salvadoreño (1939), en **Ritual del que recibe**:

Tomo lo que me dan y lo que falta.
La necesaria huella de los Códices.
La intrincada verdad de los dibujos.
El estallido preso de cada jeroglífico.
Los pájaros del alba y sus plumas sagradas...

Han de danzar las piedras en las lanzas.
Los metales ceñirán la codicia.
Y haremos que los pájaros sean flores de LUZ.
Y haremos que la flor sea templo dorado por
la noche.
Templo para el amor. Templo fragante.
Templo para nacer. Templo de barro.
Templo para vivir. Templo de cifra dura.
Templo para morir. Templo de siempre.
Todos, altares
con muchedumbres oficiando la LUZ y la esperanza.

Tomo lo que me dan y lo que falta.
Lo que habéis olvidado y no se encuentra.
Lo que está y no pesa. Lo de siempre.
Lo que se halla detrás de las preguntas.
Lo que se halla detrás de las respuestas...

Tomad, es mi cantar. Os lo dejo. Os lo consagro.
Tomad, es mi oración, manantial de belleza,
si es que sirve el espejo donde se halla el anhelo.
Tomad, es mi cantar, umbral de fuego.
Templo del corazón donde se puede hallar
el más secreto signo del misterio.

Tomad, es mi cantar...

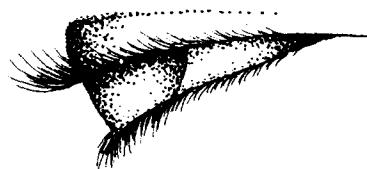
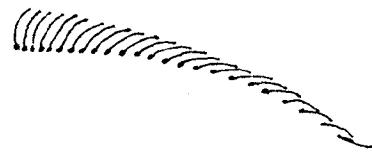
Quiero deciros tanta enajenación que no se
encuentra.
Tanta locura azul de corazón abierto
dicho en humo extraviado.

Os conjuro.
Dejadme el maleficio de la llama.
Voy a quemar ESTRELLAS y azafranes.
Voy a destruir anillos que no tienen caminos.
Haré de ceniza, de resollo, de estirpe,
de fuego que jamás se termina y no cierra los OJOS,
los cantos de mi sangre...

Alfonso Quijada Urías, salvadoreño (1940), en **Los viejos muros**:

Señalo la tristeza de abril sobre la rama,
ciego toco el temblor que tienes en tu espacio,
temblor de ASTRO o espuma. Cuando te alejas,
cuando escapas del OJO o de la mano,
cuando no queda nada
y me siento perdido; dejo una imagen; un hilo de
agua sobre la hoja.
Hoja de invierno, hoja podrida o bella; aquí
vienen a dar
los vientos muertos,
fechas horribles clavadas en las viejas paredes.
Nada queda de tí,
nada queda del mundo.
Afuera crece el mar,
cae el día sobre la hierba, junto a las hojas.
Nada pude alcanzar de este muro insonable,
sólo el terror,
el miedo de quedar perdido en esta noche.

Miro la noche en que el presagio muerde la hoja,
el miedo ahuyenta la LUZ, hunde sus dedos en el
herido himno
de los gallos. Ximena ya no esperes,
no podremos marcharnos, huír a otra comarca
cargando la visión de nuestros OJOS, mintiéndonos
ante la incertidumbre de cualquier amanecer.



Un día moriremos acariciando el polvo, mudos
como llegamos
sin entender nuestro destino.
Luego supe lo que me fue vedado,
aquello que jamás toqué en tus OJOS porque
estaba herido.
Hoy nada sé del mundo que afuera se desata,
de la lluvia que lavará la piedra y encenderá
la hierba.
Solo, veo la noche, recojo su quejumbre en mis
orejas;
aquí nos moriremos,
acaricia este polvo,
esta piedra lanzada en tu camino.

Jorge A. Bocanera, argentino, en *Suramigo*:

Caigo
con un grito ocupando mi cuerpo
mis manos han nacido en un abismo
desde mi infancia azul vengo cayendo
más
he podido ver el mar
tocando el vientre al horizonte
he sentido el latido de la tarde sobre
mi pueblo chico
he visto tus OJOS en el amanecer
tan dulces
y todo eso cayendo sin respiro
he visto largas calles con un solo habitante
plazas rabiosamente tristes
he ocupado un asiento de LUZ a no sé dónde
he escrito sobre uvas y molinos
y todo eso cayendo
volando hacia lo oscuro
rozando levemente la orilla de tus OJOS
sangrando este plumaje
roído de costumbre de dar amar
al día
sediento de amapolas miércoles con tu nombre
he podido gritar
mirarte apretarte las manos
ahora
destituido de SOL
me caigo de tus OJOS
escapo de tu piel
deses
pera
dam
en
te

Enrique García Cerdán, español del club literario
“La Yala”, en *¡Ay, la luna de Navidad!*:

La LUNA es un disco luminoso
que se sienta en el horizonte.
Los andrajos de los pobres
se reflejan en la luna.
¡Ay, la luna de Navidad!

-o-

En Navidad, Dios llora;
sus lágrimas son flechas
de fuego que nos hieren.
En Navidad, los hombres ríen;
sus risas son máscaras
de hipocresía que nos ciegan.
En Navidad, los niños juegan;
sus juegos son ilusiones
de cristal que luego se rompen.
El llanto de los OJOS de Dios
denuncia mil injusticias
que llenan la TIERRA.
Las carcajadas de muchos hombres
son copos de nieve que ahogan
los lamentos y el aprobio de otros.
El alegre juguetear de tantos niños
es una venda en los OJOS del hambre
que otros niños muy lejos padecen...

-o-

La LUNA es un disco LUMINOSO
que se sienta en el horizonte.
Los andrajos de los pobres
se reflejan en la luna.
¡Ay, la luna de Navidad!

Olga Arias, mejicana, en *Guirnalda para Prometeo*:

Como el pájaro
que enciende su trino
y luego en él navega
para alcanzar el azul.
Así, mi homenaje reúne voces,
es condiscípulo de la brújula,
de la lámpara votiva,
y sube y dice:
Señor y poeta del fuego,
catedral de manos,
de mentes que son pirámides,

de labios que se oyen arpas,
de OJOS que se transmutan en antorchas,
en una miríada de **cósmicos diamantes**
desnudos a la LUZ
al modo de orquídeas,
de **tigres** astronautas armados de lumbre.
Campana del porvenir,
fabulosa águila del horizonte,
del ábaco de la lejanía iridiscente
en la floración purpúrea
del amanecer triunfante.
No el sartal del incendio que destruye,
ni el oro de la brasa de Iscariote,
sino el fuego que alumbría,
el que eleva las frentes
hacia los ASTROS y la corona con sus jazmines.
Puño, signo,
ventana del hombre que arde con tu LUZ
y construye con su polvo el carmín de la primavera,
la canción de la máquina en su jaula,
las constelaciones de la mente en su altar,
en el átomo florido,
en las luciérnagas telescopicas,
en la gloriosa luminiscencia
que revela al universo.

En Lectura para el unicornio:

En lo solitario del viento gritando viejas fórmulas,
yo era la sola ventana, que en clausura,
atesora una LUZ anhelante.
Era yo una ala en reposo obligado,
el azoro del concuyo que soñó a la ESTRELLA
y no se atrevió a inventar el camino del encuentro.

Pero llegaste
desgranando a la mañana, como a una mazorca,
poniendo a la floresta donde estuvo el páramo,
engarzando **pájaros** en las sienes de las nubes.

Llegaste y para tus OJOS
tuve un **espejo**
También tuve una mandolina
para narrarte la historia de mi destino inédito,
y quise aprisionar a la aurora
y me transformé en rocío
y me ofrecí en una hoja de verdes conjuros.

Eras todo de **rocas** y pinos,
de un gesto bronco como la tormenta
y como ella, venías derribando torres,
arrastrando puentes inútiles,
borrando añosas lejanías.
Y en ti encontré lo que me había vaticinado
el **súrtidor** del insomnio
y ya no fui el reloj que deshojaba minutos amarillos,
ya no fui la **alondra** sin garganta,
ni el mirar endurecido en las sombras.

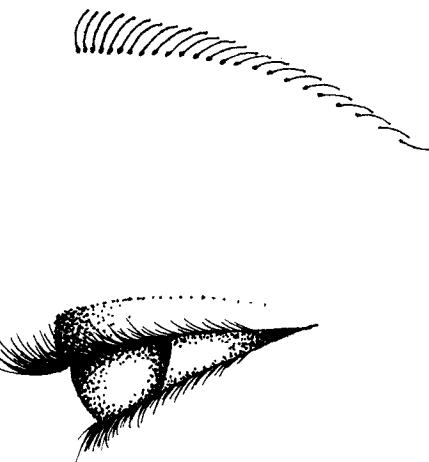
A mis labios vino el SOL,
su espada rompió el círculo de manchados **vitrales**
y la LUZ triunfal fue mi vestido
y mis ansias cercaron tu cintura,
mis besos se tiñeron del verano en celo
y el incendio fue nuestra casa,
nuestra corona
y la verdad de nuestros cuerpos confundidos,
mezclados, en una única sed de llamarada.

En A Delia:

Con su LUZ mágica
la belleza borda OJOS para los seres.
Refulge el mundo a su toque
y es lámpara de seráficos ASTROS CANTANTES,
el espíritu que vibra con su hechizo.
Es su **espejo** el corazón
de un mar que no tiene fin
y en el que lo inmarcesible suena
el laúd cabalístico
con las manos demiúrgicas
de un purificador amor,
y es también lirio
y herida y **cisne** y **roca**,
pues la belleza es raíz del universo
y en su kaleidoscopio se narra
el dibujo arborescente de la eternidad,
como sangre del hombre
en su evolución infinita,
consagrado a su sueño de **crisálida**
que intuye la plenitud de sus alas.

Estrella Genta en Llanto I, de su libro Génesis:

¡Asómate a mis OJOS! ¡Vamos, retoño mío!
Seré tu **lazarillo** en esta primavera.
Rizan el mar corrientes con azules divinos;
guijas multicolores brillan en la ribera.



¡Las que tú recogías con tu atenta dulzura
diciendo: "¡Como pules, Señor tanta dureza!"
Abrió como una flor de flores la mañana
y ebrio de colores, el alto sol flamea.

Los árboles queridos, los que plantó tu mano
claman por ti rozando las clausuradas puertas.
Y aunque ni mueve el aire, tranquilo, las corolas
un deshojar de pétalos llora sobre tu ausencia.

¡Aire cálido y puro que dilata mi pecho!
Respirarás por mí, si ya de LUZ no alientas.
Apóyate en mis nervios que ahora el infinito
con RIOS DE GALAXIAS desborda mis arterias...

Asómate a mis ojos, ¡vamos, retoño mío!
Seré tu lazariño en esta primavera...
¡Y cuando quiero darte latir en mi latido,
me opriime el corazón una mudez de piedra!

Graciano Peraita González, burgalés, en *El parque* de su libro *Poemas de los entusiasmos lentos*:

¿Negros OJOS AL SOL, calor, tus negros ojos
abriendose anchurosos, ALUMBRADOS,
veían otoñales el suspenso
inigualable de mi tierra enjunta?
¿Castilla, prisionera, entre murallas
de un Burgos ceniciente,
violaba castos mares impasible?
¿Qué hacia el SOL? ¿Doraba espigas?
Tus insaciables OJOS admirándolo.
¿Por qué su resplandor era tan ciego?
Verdeaba el poniente, limitaba
un ácido clamor de holgaza y vino.
Las máquinas, fugaces, pajeaban
blanco martirio en busca de basares.
Era en el mes de agosto. La ciudad se eclipsaba
como los ASTROS al albor. Después
vendría otra jornada más, un luego,
suma de muchos ratos, para seguir soñádonos.

Manuel Pinillos, aragón, en *La batalla* de su libro *Hasta aquí, del Edén*:

Ahí, cerca, del otro lado de la loma
—del otro lado del mundo—,
ahí, como una larga sierpe
de sangre y furia desenroscándose,
muy cerca,

con el corazón atravesado
de horizontes de plomo,
con el cielo envuelto en las explosiones,
con el soldado hecho un trapo que arremolina el
viento, se encuentra La Batalla.

Altas olas de fuego atraviesan el llano,
frías manos de piedra alisan la tierra,
rojas flores de muerte crecen en el aire,
siglos de tristeza vuelan por los caminos,
ayes de vida inerte cruzan el invierno del suelo...

Con el oído estremecido,
con el pecho desierto,
el recluta acaba de llegar. A remolque,
transportado como un ramo de carne,
como un ser maniatado,
como una cosa. Suena
su caminar cansino sobre el musgo transido de
las sendas.
Sepultado en el caqui,
el recluta es un ciego que camina entre muros,
entre noches de roca, entre hogueras de hielo.

Casi no es nada,
un débil golpeteo en el alma,
una brizna que apenas sobresale del barro que
la inunda, un pedazo de niebla en el túnel del ansia.
Casi ni un hombre;
un leve percutir de terrores,
una remota y triste añoranza del pueblo
donde dejó la infancia para siempre...

Sobre la tierra,
sobre el corazón yerto,
brotan dalias con fango, claman soles borrados.
En el jardín de llamas,
el recluta, es un rastro pueril que asustado
ya no siente los pájaros del cielo,
ya no escucha los golpes de las venas
y sí sólo crecer ese inmenso bramido
de novillo corneado la indefensa planicie
donde él mira sin mirar a los ruidos,
al azul que yace en partículas de sombra.

La Batalla ha comenzado, y una mano de hierro,
incalculablemente, apuñala los labios
donde quedan las palabras hermosas
tal vez asesinadas para el amor y la alegría.
Se adelgazan los aires. La Batalla está en curso.
Y se piensan las tardes del recuerdo y las cosas
más absurdas, lejanas. Desde la boca seca

donde negras espadas nos cercenan la ira,
llega un nombre a los dientes: "Mamá", o:
"Ya estoy muerto".

Y nadie se ríe porque aquello es muy serio.

El recluta está en pie y otras veces en tierra.
Pisa el viento y los montes.
y las aguas veloces que lo pongan a salvo
(imaginariamente); piensa a ratos en tía Emilia,
"que la pobre estará ahora rezando su rosario por
todos los difuntos",
en la guerra, en su novia —que lo encontraba
ilógico con el fusil colgando—,
en lo mucho que en casa le han dicho que se cuide
"si es posible".

(Del otro lado de la loma
está La Batalla desenvolviéndose
y el humo enrarece la mañana de julio,
solamente pendiente de ese olor al ciruelo
que ha quedado tronchado como un muerto ridículo,
mientras se descansa en algo lejano).
El recluta acaba de llegar. Lo han traído.
huele a pólvora, a barro, huele a sangre de otros.
A sudor, a hierbajos, a un probable cadáver.
Es uno más, un cuerpo cosido al suelo, un rostro
sin mirada.
Una LUZ que parpadea trágica en el centro
de la niebla.
Es, este corazón en la mano dispuesto
para ser entregado en el momento preciso... .

La Batalla está en curso
del otro lado de la loma.
De improviso, una garra, una gran lanza ardiendo
hunde un SOL EN LOS OJOS,
y el recluta no chista: va por el SOL arriba;
corre, corre, recorre las ígneas caminatas;
es de lava, es de fuego, es un niño, es ya un niño
que torna hasta el regazo de la madre,
aparecida entre el estrépito
con un dedo en los labios, serenando el resplandor,
mientras la Batalla continúa
sin haberse aún mostrado —sólo un ruido;
un fragor, cual algo mágico y oculto—;
ahora, transportando a este muerto,
con la conciencia ligera
como el que se ha quitado un gran peso de encima:
algo hostil, raro, cómico,
que la hacía penosa, extrañamente culpable.

Othón Chirino, venezolano, de su libro **Podría ser el viento**:

Esa luz de esas estrellas
es la luz de otras edades.

Gerardo Diego

Antes de que ESA LUZ FUERA ESA LUZ
y nosotros el reino de la nada
otros OJOS se alzaron anhelantes
y por siempre cegaron.

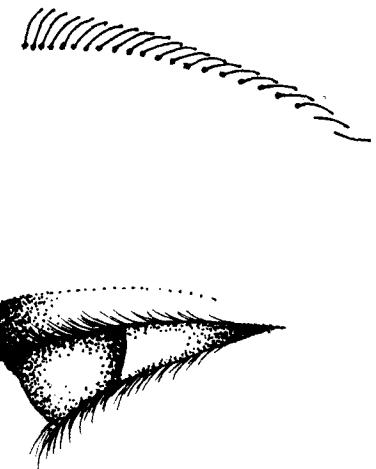
Tiene algo de intimidad la lejanía
y en el pozo del éxtasis
siempre un LUCERO fraternal habita.

Y cuando ya esa luz no sea esa luz
y nosotros silencio irrevocable,
los que hoy son la nada mirarán asombrados.

Y así entre dos comienzos
que a su vez son el fin
girando van por los MUNDOS
nuestras vidas:
unas briznas de tiempo estremecidas.

Emilio Barón, Almería (1954), de su libro
La soledad, la lluvia, los caminos:

Las LUCES se quiebran en cristales,
rotura sin aviso, escándalo de sombra
que te araña los OJOS, hojarasca
de nieve, sombra, sombra, sombras
blancas y cuchillos: mi deseo me ahoga,
súbitos resplandores en la colina enloquecida,
te ESTRELLAS contra mis OJOS, OJOS
turbios y pichados: me ahoga la mirada,
te remueves entre los días, te descubres
pensando, queriendo (oh, muerte,
muerte), derrumbando tu cuerpo
hacia la paz, ¡qué tonto!, con tu fósforo
en esta catedral tan vasta y negra.
Déjate estar, se desbordan los ríos,
se desmanda el silencio, caen, caen,
caen como higos las ESTRELLAS (¡Juan!
¡Juan! ¿En dónde?, ¿en dónde?)
déjate estar, se desbordan los bordes,
el día se deja despedazar sin una queja,
lamento, plegaria, se te quiebran las manos,
y las LUCES se siegan silenciosas,



y tú muerdes tus puños, queja, pero
déjate hundir suave, sin sombra ni sonido.

Yong-Tae Min, coreano (1943), en A Nacomi, con un verso de Lorca, de su libro Isla:

Tengo miedo de perder la maravilla de tus OJOS
maravilla de un amanecer sin cesar
con sus auroras minúsculas alrededor.
Tu LUZ viene muy de lejos
tal vez desde la remota isla de tus antepasados
primitivos.
Tu mirada llega un poco cansada, tal vez triste
después de tantos siglos de caminar.
Pero, al llegar a mí, tus OJOS
son un bautizo de frescor, toque incesante de
alborada.
Un pino estremecido de la primera LUZ del día.

Tengo miedo de perder la maravilla de tus OJOS,
maravilla de esas pupilas, noches hechas de
las uvas.
Oh, reina de embriaguez, por ti
han velado cada noche mil ESTRELLAS, por ti
tanto insomnio en cada grano de uvas.
En tus OJOS me he perdido, reina
guiame hasta la isla
de los bienaventurados inmortales.
Un barco gozoso a lomos de las olas.
Tengo miedo de perder la maravilla de tus OJOS,
maravilla de un universo creado, creante.
Con un abrir y cerrar de tus ojos
tú inventas el día y la noche.

Y en Soño de su libro Tierra azul:

Ni diosa ni niña.
Soño.
Así, con tu acento frágil
sin diptongación.

Pero, tener un ángel, Dios mío,
tener una isla entre el cielo y la mar,
tener una niña vieja entre la hostia y el pan
tener un arcoíris quemando mis manos.
¿Es que el cielo
corre hacia mí, el cielo
corre hacia su centro cálido, el cielo
reducido de pronto al tamaño de un microbús azul
corre sacando a saltos sus ranas, ranas verdes
ante mí, hacia mí?

Primavera del animal anfibio
tu OJO ya no es aquel pozo hondo
donde naufragan los zumbidos de los insectos,
tu OJO ya no es aquella medianoche
donde se suicidan los METEOROS hartos de la
eternidad,
tu OJO, mírale, es un anochecer
o tal vez, un amanecer
o una simple escalera de LUZ, camino lento
y justo hasta alcanzar mis pies.

Dirás que se te han muerto tus padres,
dirás que se te han muerto los padres de tus padres,
dirás que te han suspendido todos los peldaños y
los faros:
una isla caída a solas con el mar.
Dirás, al fin, de tu OJO infinitamente abismal.

Pero, cuando te toco
cómo siento, en el aleteo leve de tu piel,
el aliento de una aurora recién cortada.
Cuando te poseo
cómo siento, ay, en tu agua de fiera indomable
la lontananza azul que no abarca mi pecho,
pez, deslizándose suavísimamente entre mis dedos.

Ni diosa ni niña,
blusa azul
en pantalones.
Hoy me ves en el puerto,
donde no te despido,
como jamás te he esperado en ninguna primavera;
me ves, sin otro pañuelo,
que un vuelo mero de gaviotas,
oh, Soño, al fin
tú, azulmente diptongada.

Enrique R. Bossero, argentino, en Cuando en el cielo se rompan los espejos, de su libro Nuevos poemas casi tristes:

Cuando en el cielo se quiebren todos los espejos,
yo saldré por las calles
a gritar mi esperanza
renacida.
Dejadme entonces subir a los árboles,
trepar por las cornisas,
hurgar entre las gentes
igual que si lloviera
el oro de otro mundo.

Aunque me sangren las manos
y la sombra se me afine,
dejadme tocar el vientre del mar,
la piel del cerro y la llanura,
la LUZ, el fuego, el aire y la marea.
Que cuelgen de mis OJOS
dos lámparas blancas
y un grillo me acerque
su incansable ESTRELLA.
Habrá que trabajar duro,
hermano,
y doblar la espalda
toda vez que unos OJOS nos miren desde el suelo.
Sereno el corazón,
afinado el pulso,
y un hilo en la voz
capaz de quebrar tanta espera.

¡Dios mío!
Cuando en el cielo se rompan los espejos
dormirán por fin en mis brazos los rostros perdidos.

Pura Vázquez, española, en **La luz de otoño**:

Ahora veo el otoño con nueva LUZ más madura,
las cosas más encendidas de intimidad.
Un inmenso corazón abriéndose en sus nostalgias,
una vivencia amarga dorándose en su copa
de frágil cristal, de quieta LUNA.

No quiero volver atrás los OJOS. No quiero
bucear entre las hojas enterradas,
trasmontar las colinas en un retorno al destino.
Encontrarme conmigo misma en el ayer lejano
y sentirme recluida de nuevo
en las mismas doradas prisiones,
en aquella LUZ, aquellas voces, todo
lo que pasó por mi vida, las fronteras que crucé,
las costas que me vieron partir, los extensos mares,
los afectos que tuve, los seres que amé,
los brazos que me encerraron en cíngulos de amor,
las bocas que me dieron su más dulce miel,
las patrias que me dieron cobijo y amargura,
y alegrías y anhelos y ambiciones y caídas...

No. No quiero volver en un regreso sin júbilo
a las horas gozosas, al juvenil abandono,
al ansia, a la flor sin mella, al deseo,
al dulce palpititar de la vida inflamada,
al volcán del mundo, de los sueños ebrios de LUZ.

La cima está cerca de la ESTRELLA más alta,
y mis dedos rozan estremecidos su esplendor,
y las metas todas se acercan o se apartan.
Los caminos se alargan en espirales profundas,
se confunden o entrelazan, se enmaraña su flor.
Los pozos se ahondan, fluyen hacia un
misterioso país,
y las sombras fingen espejos que las reflejan y
agolpan
sobre mis sienes dolorosa, cautelosamente...

Estoy sentada en la ventana más abierta,
cercañas aún las cumbres y el vértigo,
y un cenit esplendoroso me deja sus huellas de
resplandor
sobre lo que amo y espero, lo que me aguarda.

Es el otoño, y veo el mundo más ancho, los
horizontes sin líneas.
Todo es bella LUZ cayendo sobre mi sangre en
arroyo,
sobre mi corazón que se agiganta en acumuladas
ternuras,
sobre mis dulces olas, mis vivencias ardientes,
templando fuegos, apagando los SOLES quemantes,
desbordándome su licor hermoso, su zumo espeso.
Es el otoño. ¡Dejadme ver eternamente su
maravillosa LUZ!
Pero haced que cesen esas voces de sombra
que ciernen la tristeza sobre los altos horizontes.

Apagad la tempestad de las batallas sin objeto.
Cegad los cauces de la sangre que amenazan
destrucción.

Yo quiero un otoño limpio. Ese que mi corazón
entrevé,
donde no haya cuervos y buitres sobrevolando
la LUZ,
y la tierra no se anegue con sangre de Humanidad.

Mercedes Secchi de Crovetto, argentina, en **Soledad** de su libro **Arca y Corolario**:

Soledad que se desplaza
desde la ESTRELLA hasta el cardo;
soledad que me contempla
con sus mil OJOS cerrados.
Bosteza mi soledad
su embarazoso cansancio
y un buho en mi pensamiento,



atisbando mi fracaso,
deposita en mi silencio
sus DOS FAROLES opacos.
Soledad en los pasillos
que van del zócalo al árbol.
Soledad en las agujas
de ese reloj cabizbajo
que cuelga inerte, remedio
del vacío de mis manos.
y en el fin, y en el principio,
y en el temblor de mi canto,
¡soledad!... con un monótono
coro mudo lo acompañó
mientras mi pincel sin cerdas
pinta tu perfil lejano.

Arturo del Villar, español en un poema de su libro **Son testimonios del viajero solo**:

Ellos son los felices, y nosotros
acechamos la LUNA con misterio;
nos pertenece el mar, pero los árboles
no nos cobijan en la tierra nunca.

Tú y yo solos buscamos a la noche
porque estamos seguros, porque estamos
unidos por el mar, estamos solos
frente a los muros de alambradas voces.

Cómo decir tu nombre si vigilan
por las esquinas del rencor los OJOS,
cómo tenerte entre los brazos cuando
las LUCES nos prohiben su sentido.

Yo te llamo Silencio, no me atrevo
ni a decirlo en voz baja. No es posible
ver que las nubes lo han escrito, sólo
lo miro reflejado en los **espejos**.

Tú no estás en el mundo cuando existo,
no te conoce nadie. Cómo puedes
seguirme entre tu **muerte**. Nadie sabe
que por las noches mides mi recuerdo.

Llevamos el infierno con nosotros,
las cadenas del tiempo en la mirada.
Y somos el infierno para siempre,
los condenados sin pedir ayuda.

Gritaría hasta el alba que te quiero
si me pudieran comprender. Los solos
están a nuestro lado, pero pasan
con un **cristal clavado** en sus heridas.

No te importe el silencio de la LUNA:
tendremos nuevos cielos, nueva tierra
donde el amor podrá decir su nombre,
ganar la LUZ y poseer los días.

Rafael Laffon, sevillano, en el poema **Resurrección**, de su libro **Vigilia del jazmín**:

Cuando Dios diga “¡Alzáos!”, y truenen las
trompetas,
sonarán nuestros gritos de ansiedad emergente;
nuestros gritos de tierra tantos siglos sin nombre;
nuestros gritos que estaban aguardando en las
órbitas
heladas de los CUERPOS CELESTES que se aman;
nuestros gritos de niños ciegos que se perdieron,
al recobrar el tacto concorde de otras venas.

¡Tremblor de asidas manos tras del naufragio
inmenso!

Romperemos las aguas y las duras raíces
y el **cristal** de las sales telúricas absortas.
Estas tus manos y éste el color de tus OJOS,
irisado en las LUCES del novísimo día.
Y ésta ya la medida de nuestros corazones...
¡Otra vez nuestro gozo confinado en fronteras!

Allí una carne hermosa proclamaré por mía:
Mirad —diré—, las huellas antiguas de mis brazos.

Manuel Pacheco, español, en **Los frascos del silencio** de su libro **Poesía en la tierra**:

Se han partido los frascos del Silencio,
por el techo ondulado de la mina
salen brazos oscuros de mineros.
Las INTERNAS dobladas buscan nombres.
Hay vagones de sueños
y en las **rocas** sonámbulas la carcoma sedienta del
barreno.
¿Y me decís que sueño?
—Yo no sueño.
Fiebre de polvo negro en las PUPILAS
y en las vigas vencidas por la muerte
crecen uñas de viento formando telarañas
que ocultan los LUCEROS.

¿Y me decís que duerma?
—Yo no duermo.
Mi ser es un tumulto donde vivo
la lumbre de los ecos.
Y ese túnel herido por hombres sin PUPILAS
que arrancan los peñascos de oro negro.

Un escape de gas mana la tierra
y los hombres preguntan por el cielo.
¿Y queréis que me calle?
—No me callo.
La tierra se está hundiendo,
sigue el mar con heridas
y el paisaje se cubre de aleteos.
Los hoteles conservan una tibia pereza
y más allá de todo está el destierro
de largas galerías pobladas de fantasmas.
¿Y me decís que duerma?
—No me duermo.
Las venas del betún parieron el sonido
que machacó en la sombra los frascos del Silencio.

Alfonso Villagómez, español, en un poema de su libro *El principio y las zarzas*:

Las tinieblas marcharon derrotadas
a refugiarse por el vientre liento
de las cavernas y en úteros de algas.
La Gran Noche se desgarró en almendros
de OJOS blancos, hiedras de senos verdes,
olas de párpados endrinos, mieles
doradas, campiñas cárdenas, ocres,
arcillosas y en racimos rosados.

Harián partes del día la LUZ
y la oscuridad, el SOL y la LUNA.
los pájaros y las ESTRELLAS vírgenes,
lagartos verdes y las comadrejas.

Surgieron alboradas de alamares,
ortos con las PUPILAS transparentes,
para que cantaran los gallos rojos
que habrían de venir.

...Y brotaron
atardeceres lentos, sosegados,
para cuartear senderos azules
a los sueños bermejos de las rosas,
al horizonte de junguerales y
al vuelo mego de nubes transidas
y para que la distancia trazara
curvas de luceros sobre el ombligo
verde y ródeno de la madre Tierra.

Los cielos y los campos desertaron
del tálamo nebuloso y oscuro;
pusieron entre ellos LUNAS de plata
y soles redondos.

Sobre las olas
tuvo su parto la LUZ, su placenta
se desgarró en arcoiris de algas lacias
y las tardes tristes lograron su óbito
en cementerios de ASTROS coruscantes.

Jorge Eiroa, español, en un poema de su libro *Tierra adentro ese extraño temblor*:

Y entonces ella, que era triste y hermosa,
me acarició la herida, reseca ya de amarla.

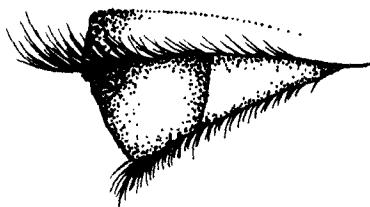
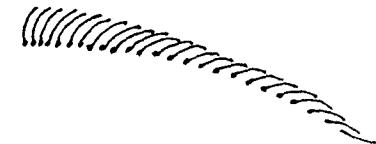
(La LUNA se moría, lentamente, en el agua
y era un otoño más que mordía mi carne.)

Yo me había inventado palabras sin sentido,
feroces centinelas de mis puestas en combate,
renovadores salmos para el mar que gritaba.
Pero todo el silencio cruzó por la marea
y resbaló en los peces y limpió las cubiertas
de los barcos anclados en aquel puerto ardiendo.

Me habló de Dios, del mar, del hombre. Había
en su mirar una muerte dormida
y su gélido instante salpicó mi ternura...
—Es que tienes los OJOS de gaviota? — Vuelan
sobre la mar tus gaviotas del frío.
Tus manos no son sino inmensos cuchillos
que cortan el tiempo sin tiempo sobre el mundo.
Puede ser la vida eso: un eterno ir remando
sobre olas enfermas, un manteo final
del agua sobre el aire, un cielo absurdo.

Pero tú no eres agua, ni aire, ni gaviota.
Eres tan sólo como una gran herida
por donde se me escapa la sal interminable;
eres cielo amarillo, con todo el mar de golpe
bañándote de espuma las caderas...

Tal vez seas como aquel niño muerto, en la noche;
con su llanto en los labios, bajo la dura siembra,
dura como un adiós de marinero viejo,
dura como un nacer, dura como el morir la LUZ
y el agua. Dura como tus OJOS de nave fugitiva.



Busqué su pleamar, su apariencia de playa,
su sorpresa, su abrazo silencioso;
aprendí a no decir nada mientras el mar
nos diese aquel brutal clamor de muertos.
Amé su soledad y la amé sin sentirla
porque su soledad era el mar esperando.

**Le di la paz, el hambre, la nocturna agonía
de los muertos de sed en el tiempo y la nada.**

Y entonces ella, que era triste y hermosa,
me acarició la herida, reseca ya de amarla.

Lalita Curbelo Barberán, cubana, en **Desde la flor amarilla** de su libro **Catedrales de hormigas**:

Repósame,
regresa desde el duro minuto que ahora vivo,
desde este sueño señalado por mis dedos,
desde este existir entre piedras y amapolas,
repósame en la existencia inútil
de unas frases;
yo quiero sostenerme con tus OJOS,
ir al impuro grito de los otros,
resbalar por la sangre de los hombres,
olvidar que la noche es como hombro
donde se quedan quietas las ESTRELLAS...

Aspírame,
no me hables en parábolas,
que la mentira sea cosa ya olvidada,
que vayan paralelos los minutos absurdos
y el roto juego de los lirios...
quiero tener conmigo un retazo de LUZ
y paz y rosas.
Quiero olvidar rutinas y entreabrir
los caminos olvidados y tristes...

Estoy de sombras. Exigiendo a la vida
una palabra o una flor ardiente.
Fantaseando en medio de lo real,
con una fecha colgada de los labios
y un color extraño en las PUPILAS.
No me preguntes por nombres y por rostros.
Las grietas arrinconan.

Aliméntame.
Quiero vivir la hora que me toca.
Olvidar las hormigas y las sombras.

Repósame. No seré Jeremías en medio de los otros.
Repósame. Guárdame este legajo de amarguras.
¡Quiero ser objetivo de canciones!

José María Lopera, español, en **Algunas noches**
de su libro **Singladuras**:

Algunas noches,
el mar cambia la espuma por LUCEROS
y se queda, en la arena de la playa,
la sal que hay en las olas.

Y olvida el cielo, entonces,
los pétalos azules de su alma
entre las manos limpias
de un rosicler hinchido de ternura.

Algunas noches,
Málaga se asoma al hontanar del Guadalhorce
con OJOS de gardenia
y mensajes de LUZ en sus cantares.

Osiris Delgado, puertorriqueño, en su libro **El cristo de Miguel Angel**:

Génesis soy, en este leño
por el hagiógrafo del arte
tallado. Lumbre destapada
tras largo eclipse de lo regio
por los párpados caídos de
sabedores sin OJO INTERNO.
Mas ya en el valle se ha posado
MI LAMPARA AL ORBE devuelta.
Desde entonces sabes que es forma
del sumo candor este cuerpo
de hombre-niño, y que por las grietas:
suspiros de profundo atisbo,
Me sale tanta paz que invito a
la honda mirada de uno mismo.

Francisco Ponce Sánchez, peruano, en **Mi bella loba**
de su libro **En alta voz**:

Bella loba
de mi mantel dorado
una noche lloré
en tu bestial figura
fue abril
o mayo de LUZ amanecida
Hoy
mi bella loba
cruzo el olor de tus piernas de nylon
y tus nalgas
tocan el ollín de mi lacerante OJO
pasto visual
polo amembrillado de pasión rosada

Hoy
recuerdo loba linda
la noche
noche aquella
derrama ESFERA de los esperantes rojos
dos tibios melocotones
exprimí en aquella tornasolada carne
noche loca
de mi bella loba
del mantel dorado.

Horacio Raúl Galardi, argentino, en *Connoción*
del libro colectivo **Del bastardo debe ser:**

(No reciben tus rosas virginales
el fresco del rocío en la mañana
ni el asombro del SOL que da sus RAYOS
al perfume de una corola blanca.

Se trocaron los trinos del jilguero
que te habita el confín de la mirada
en agónico arrullo de paloma
muerta de LUZ sobre el llano de tu alma.

Es que el genio fatal de los recuerdos
deambula frente a ti como un fantasma,
llevándole a tus OJOS la tristeza
del que sabe perdida la esperanza.

¡Pero vi que dos cálidas ESTRELLAS
de tu galaxia, libres ya, rodaban
a perderse en las sombras espaciales:
supe entonces, que se turbó mi calma!...)

Dionisio Aymará, venezolano, en **Oda en desagravio a la poesía. La luz original:**

Y tú la más indefensa
tú la más conmovida la más desgarradoramente
humana
tú nacida del polvo del terror que nos deja allí
atados
a lo profundo
tú venida de otras GALAXIAS
de esas donde tus OJOS LLENOS DE MUNDOS
debieron ver la música debieron contemplar el
silencio
de esas donde tus manos
debieron tocar la LUZ original
de esas GALAXIAS
donde tu oído se adelgaza hasta ser como un aire
de pávidas antenas

capaces de atraer la más remota señal de quién sabe
qué gigantescas amapolas
de quién sabe qué misteriosos habitantes
de esas galaxias donde tu cabellera cuando flota
desata tempestades
y de esas otras que nos duelen por dentro
de esas otras oriundas de lo infinito que comienza
en la piel.

Cristina Lacasa, la poeta de Lérida, en **Quisiera profetizar la luz:**

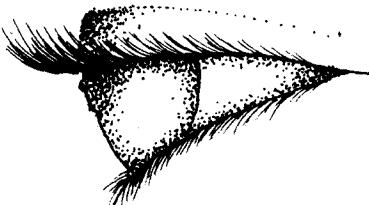
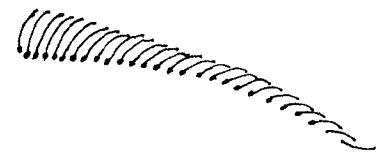
Yo quisiera aplacar uno a uno los perros
ladrones de LUNAS, los lebreles
asustados del llanto. Recabar
del Supremo una sonrisa estática
para mis OJOS; ascender desnuda
de amapolas posibles, de mentiras de trapo,
por las espigas y librarme frutales
realidades, siendo en vuestra mesa
el pan de cada día.

Quisiera yo encender una palabra
definitiva, donde quemar las naves
del miedo primordial; edificar
una estación sin trenes fugitivos,
trampas en que el abrazo huele a naftalina
distancia y soledad.

Somos declive y lágrima. (Qué peso
se cierne sobre el párpado.) Inasible
burbuja sobre el aire que interroga
a los azules por su fin. ¿Acaso
podrá saber el viento qué insondable
manq lo anuda o lo desata
desde su ESTRELLA? ¿Cuántas veces
la sabia voz, nutrida siglo a siglo
con la ceniza y el albor, es nuestra?

Los vigías del humo
hacen rompecabezas siempre ó trémulos borrones
de todas las palabras; mas nosotros
amamos las hogueras, las heridas de lumbre;
y las enarbolamos como espadas
invencibles, mientras la boca muerde la pavesa
de su propio artificio.

Y aún a pesar de todo, entre la urdimbre
de espesos alfabetos, de despojos
de horas medio terrosas, medio siderales,
yo quisiera, ¡os lo juro!
profetizar la LUZ para vosotros,



que no sé quiénes sois, aunque en mi signo
os sienta como esquinas llameantes,
porque para vosotros sobrevine poeta.

En Yo sólo he de poner mi canto-báculo:

Yo sólo he de poner mi canto-báculo
al servicio del SOL o de las causas
que con él tengan parte.

Yo no amo el ascenso a los castillos
de la tiniebla; ni el sabor a humo
corrosivo que dejan las contiendas.

Yo no comparto el afilado gozo
de las **lanzas** cuando abren en lo oculto
de la sangre agujeros como fosas.

No; yo no cantaré a la **dentellada**
que en las fauces del viento ya disponen
tantas manos voraces, tantos OJOS
con horror a la LUZ; niego mi voz
a quien pretenda exterminar las alas
de ángeles o pájaros, diciendo
que "en la ley más antigua de los **peces**
destruir es forjar las estructuras
nuevas. La nueva vida se alimenta
brutalmente; los débiles sucumben
porque el mundo no es más que de los fuertes."
(Debilidad en escarlatas goces
de fiera hambrienta, pero tronco aéreo,
que sostiene las ramas del espíritu,
el del vuelo que lleva hacia las copas
de la astral maravilla.)

¡Ah, no! No contaré la hazaña cruenta
del cazador, no alabaré en los ruedos
otra nobleza más que la del **toro**,
inocente estandarte, estampa de una raza
que en su embestida defensiva y recta
congrega gracia hispana,
lleva intacta su hermosa rebeldía.
Este canto que parte de mi boca,
río que desemboca en ese leve
mar de la pluma y manda su oleaje
de tinta hacia las costas del latido,
viene de otro latido, en mi costado
dando señal y agobio.
no se afilia a proclamas ni a galernas
que pueden ser un cauce de lo oscuro.
Sólo al partido del amor; entrega
un simbólico trigo, un hogar con su fuego

sagrado, una alianza;
desde su etéreo emblema su posible simiente
al tren del aire que transporta el polen;
y si aún ama el misterio de la noche
es porque multiplica las **ESTRELLAS**;
es porque su obligado pasadizo
conduce a la rosa
del alba y a su signo de esperanza.

En Si enderezo mi voz hacia la altura:

Si enderezo mi voz hacia la altura
y persigo la senda de la cumbre,
es porque el valle oculta en su semilla
de hondonada un hervor de cordillera.
Agua en ruta de nube, mi garganta
trae notas marinas, caracolas
con rumor de **gaviotas** y de arena
rutilante y de espuma levantada.
En mis hombros, **espejo de ASTEROIDES**,
labor de acantilado y de vigía,
un légame ascendente acerca al pulso
del Universo líquenes en vuelo.
Mi estatura es de aire incontenible
pero el peso de tierra y de agua;
y por mi canto, flora,
sube sombra de madre y **LUZ de vida**
renovada, jugando con el cenit.

Con las manos me aferro
al árbol del amor y sacudo sus ramas
para que lluevan frutos sobre el mundo
y se callen los roncos gritos de los cañones
que ahuyentan a los **pájaros**
y derriban los **OJOS de los niños**.
Todos tenéis los brazos preparados
para el abrazo hermano; todos sois
un camino dispuesto a escalar copas
de corazón y mirlo; todos vais
con farol o luciérnaga hacia el círculo
supremo de la **LUZ**. Esta señal
de palabra enhebrada a los andamios
de la **LUNA**, os la dejo
entre el intacto aroma de mis hojas
de olivo desbordado.
Todos podéis subir a esta baranda
y extender bien el **ángel** de la aurora
por los cuatro horizontes del **PLANETA**.

Agustín Bronzatti, argentino, en *Noctámbulo*:

la noche inicia sus insomnios
recorre a paso vivo lugares
por donde
el OJO estuvo junto al SOL
inventariando colores
la primer nostalgia
abre una puerta
un atisbo de LUZ
alguien canta para narrarse
los rincones del pasado
un tiempo arropado de amor
un hombre pasa
por los visillos del silencio
indescifrible
único
indagando el porqué de su nombre
que golpea y se astilla
en fragmentos de voz
después
se aleja como un presagio
húmedo de ESTRELLAS
sus pasos son
los signos de interrogación
que cada noche
se abren
entre insomnios y nostalgias

Isaac Halegua, uruguayo, en *Cantos a la bella*:

Mi amada me miró y me sonrojé.
Mi amada me miró con sus OJOS de noche.
Con sus ojos de noche translúcidos de LUNA
menguante.
Mi amada me miró como al cervatillo que se escapa
del redil.
Como al cervatillo me tiende en el regazo y me
acaricia.
Mi amada me cubre de la gloria porque desvarié, y
me envuelve con azahar y perfume del bosque.
Mi amada me lleva a la noche de febrero con
cantos de grillos.
Con voces cristalinas de ruiseñor y cantos de
alondra.
Con ESTRELLAS FULGURANTES en el cenit y LUNA
nueva.
Mi amada me miró como al cervatillo porque
desvarié y me envuelve con azahar y perfume
del bosque.
Con azahar y perfume del bosque renovado.
Del bosque renovado por el céfiro del norte que trae

ruda fresca.

Mi amada me miró con sus ojos de noche y me
sonrojé.

Eugene Relgis, rumano-uruguayo, en *El Lince*:

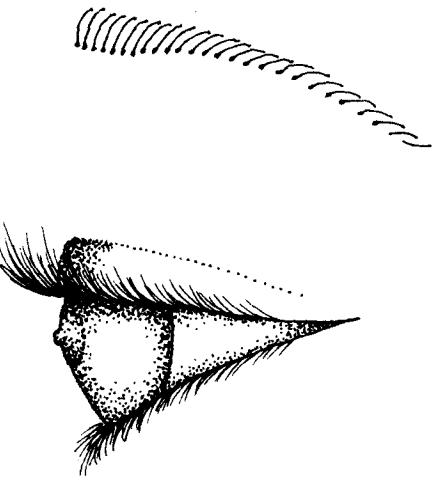
Agazapado en la gruta
aromada por helechos,
lianás y flores que sorben
sus colores de la savia
del Ecuador luxuriante,
espera pacientemente
la rara presa que le calme el hambre
—otra fiera
que muerde enardecida sus entrañas—
el lince,
el implacable lince
que mira fijamente
cual si fuera una esfinge milenaria.

Quebrado bajo el peso
de tesoros ajenos,
un viejo esclavo apenas
se abre paso a través de la espesura.

La angustia lo taladra
porque el SOL, somnoliento e irónico, se hunde
más allá del ramaje,
y él está aún muy lejos
de su amo feroz...

Y se arrastra el esclavo
—adelante!
adelante!,
y se queda de pronto como petrificado
delante de la gruta:
dos globulos pequeños
BRILLAN FOSFORESCENTES
y giran en las sombras;
titilan con el ritmo de los ASTROS
hasta fijarse luego incandescentes
como dagas de LUZ.

Las MIRADAS PENETRAN
hondo en el corazón,
y en el pecho ahuecado
desata olas de vida, de vigor renovado,
un escalofrío de fascinación.
Las abrasadas órbitas
despliegan los misterios,
resucitando en él la humanidad.
Allí



ve el esclavo el **FULGOR RELAMPAGUEANTE**
del látigo,
injusto y despiadado,
y allí también, como en delirio, él siente
la presencia sagrada
de la tan anhelada Libertad.

La adoración lo agobia,
y arroja de sus hombros los tesoros ajenos.
Se arrodilla:
quiere abrazar contra su **pecho hambriento**
el único tesoro verdadero,
soñando ser él mismo el salvador
de todos los que **mueren**
gimiendo en las pesadas
cadenas ancestrales...

No siente que las pérvidas
garras lo laceran,
y ya no aúlla más por el dolor
del devorado corazón:
lo hechizaron los **OJOS ENCENDIDOS**
por el fuego inclemente de la vida,
del implacable lince
que lo había mirado fijamente
cual si fuera una esfinge milenaria.

Y en Vana beatitud:

Por vez primera he entrado anoche
a la vieja taberna de mal nombre,
templo de los que quieren perecer
seguidos por el mismo y horroroso tic tac.

En una sala abovedada y baja
las **LUCES** titilaban como **ASTROS**.
En miasmas y en vapores,
y en la agria neblina fermentaban
gémenes de desastres.

Y los hombres, siluetas olvidadas,
groseras y en torcidas actitudes,
de vez en cuando, hurgando en sus heridas,
llenaban lentamente los vasos maculados.

Y con el borbotear de órganos rotos
sorbían con un gesto soberano
los líquidos colores, sonriendo
sin saberlo, en su vana beatitud.

Yo yacía callado en mi rincón sombrío,
mirando en las honduras de mí mismo
los misterios insólitos y oscuros,
bullentes de pasiones y de **vermes**.

Como bajo una **roca** yo quería
ser aplastado por un ser horrendo,
por una hembra ávida, por un pulpo humano,
siempre hambriento y siempre inexorable.

Que me quiebre con brazos y con muslos
y que, agotado en los padecimientos,
me triture **sorbiendo con sus labios enormes**
toda la sangre que haya en mis arterias.

Que limpie el corazón de los venenos
y de la mugre de tantos
delirios y rebeldías—
abandonando luego una carroña
con los **OJOS** clavados en los **ASTROS**...

Pero si algo queda en mí, olvidado—
como un grano de bien, como un **diamante**—
renaceré irrefrenable entonces
con una sangre nueva
que corre alegramente por mi ser.

David Escobar Galindo, salvadoreño (1943), en
La fantasía del madrugador, de su libro *El corazón de cuatro espejos*:

Desnudo el vaso de agua,
memoria que al tragarse va convirtiéndose en
sonido verde.
Desnudo el vaso allí, GALAXIA con que sueñan las
hormigas.
Noche a noche fulgura ante los **OJOS que apenas se abren, sedientos**,
solicitado a gritos, a empellones, por el leviatán de
la pesadilla,
esa bruja que esgrime su democrática embriaguez
sobre un manto de arena hirviendo;
olas de **perros** y mendigos abren la noche para ver
el milagro,
y en el **tigüilote** se enrosca la **culebra mazacuata**,
sedicosa vanguardia de la razón;
a la mañana siguiente, en el vaso vacío va
emergiendo un **gusano**;
en el vecindario grita un ebrio, se destiñe una
pulcra serenata;
es la hora de la **leche**,
la hora de la **miel**,

la hora del purgante,
(la hora en que florecen los **espejos**).
Estos FOCOS se apagan para dar paso a la
inocencia disfrazada,
y el vaso de agua vuelve a ser la imitación de un
cáliz de ceniza.

Luis Félix González, (ecuatoriano) en **Habitaba tu luz**, de **Cuadernos del Guayas No. 45**:

Delgada como abril, entre tus senos
había un **ángel** desnudo,
y mis **OJOS** corrían como
un cansado mar bajo tu falda.

Habitaba en la **LUZ**
una **ESTRELLA** profunda
como un **hongo** en tus lágrimas.

Un estéril sonido, pálida,
—un movimiento tímido—
saltabas como un río creciendo
en media tarde.

Poblada tengo aún la memoria,
me ronda la razón como un testigo
sin tregua,
y tu pañuelo tiene el aliento
de un **pájaro**.

Vuelvo a lo mismo:
han crecido los árboles, como tu cuerpo,
con botones menudos y cortezas salobres.

Inútil, te he esperado.
Deja que pase el aire,
en tu hombro un lunar **BRILLABA**
cual un as de diamante en la baraja.

Luis Llorens Torres, puertorriqueño (1878), en **La mujer puertorriqueña**:

Mujer de la tierra mía.
Venus y a un tiempo María
de la India Occidental.
Vengo a cantar la poesía
de tu gracia tropical.

Mujer de carne de flor.
Dueña del manso cordero.
Digna de que un ruiseñor,
bajo el claro de un **LUCERO**,
te cante un canto de amor.

Eres bella entre las bellas,
lo mismo cuando el **SOL** gira
sobre tus carnes doncellas,
que cuando el cielo te mira
con sus mil **OJOS DE ESTRELLAS**.

Ondulas como la llama
dormida en el pebetero
cuando a través de la rama
el resplandor del lucero
baja y te besa en la cama.

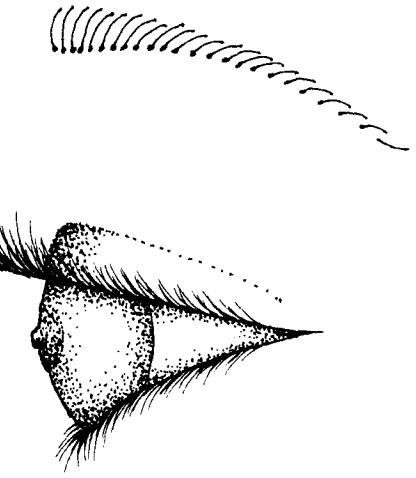
Siembra lirios en tu piel
la **LUZ PLATA DE TUS OJOS**.
Y la copa de un clavel,
llena de sangre y de miel,
se rompe en tus labios rojos.

Encendido de azahares,
su palio el cielo te envía,
Y se abre, ante tus altares,
como una piel, la bahía
atigrada de manglares.

Narzeo Antino, granadino, en **Ofrenda impune**,
del libro **El exilio y el reino**:

El amor abandona sus **alondras** de mármol
sobre el estuche aciago de la noche.
Morir en las orillas de este mar apagado era
hundir los **espejos** —rituales del humo— donde
el tiempo naufraga. Conociste
los ritos que lanzean un cuerpo con mástiles
de espuma, los **peces ebrias dagas**
de la LUZ que te inunda. Conociste
la copa de la pasión, martirizada **LUNA**.

Así el cetro del tiempo en el ocaso erigía
los bosques de la ira y su muerte,
el viento taladrando las colinas amantes
—la espiga despojada ante el anhelo—
y el río de la sombra acariciando ebrio
la frontera tendida de tu cuerpo.
Clara ofrenda inmolada en el altar impune
que traiciona la dicha y su liturgia.
Sucumben los heraldos del amor elegido en la
ceniza.



Conociste el silencio de las cumbres, el fuego sagrado que en los OJOS habita, el **vidrio** coronando la frente destronada y la huella descalza de un pie junto a la orilla. Conociste el silencio del labio alucinado por **gaviotas y espinas**, el delirio que yace aleteante en el **ave** del sexo y su desdicha. Conociste la muerte y su embajada de rosas amarillas.

El reino de la sombra sus **escorpiones** de oro enaltece y desata, el alba libra combates de tiniebla y desaliento. Gira impuro el árbol del deseo, enarbolan las islas la diadema que ciñe el universo, el aliento solar —lirio inmolado— **espejo** donde un cuerpo se entrega al río enamorado que entre sus brazos vibra. En el aljibe la brisa de la **muerte** tejía su vigilia.

Abraza las **alondras** del ocaso, muere como el héroe que elige su destino, estatua deshojada, templo, vendaval abrasado por las horas, himno, desolación amante, cumbre, espiga. Vive, muere izando los mástiles del tiempo, escancia el vino del amor eterno y canta como el cáliz que entrega en la leyenda el último latido de su vida.

Ana María Moix, (Barcelona), 1947 en “**No time for flowers**”:

No hay LUZ esta noche aquí a través de qué falsa oscuridad veo mis despojos en destrozos. Tus labios se entreabrieran cortaban afiladas hojas **cuchillos** no tijeras se entreabrían deshaciéndose en lo más hondo de una copa de licor desintegrándose en la rotura del **crystal** tu boca a dónde conducía la puerta de tu boca se abrió yo en pie frente al espejo dónde está mi rostro y mis ojos mis OJOS **ahora blancos**. Vendrá la **muerte** revestida de hojalata y hallará vacía mi mirada qué fracaso el del tiempo qué farsa. Vendrá la muerte revestida de hojalata teme el frío de mi alma no podrá arrancarme nada. Hay hoy ahora esta noche aquí a puerta cerrada ni ESTRELLAS ni añicos ni fantasmas. Lo dijo un día le horrorizaba

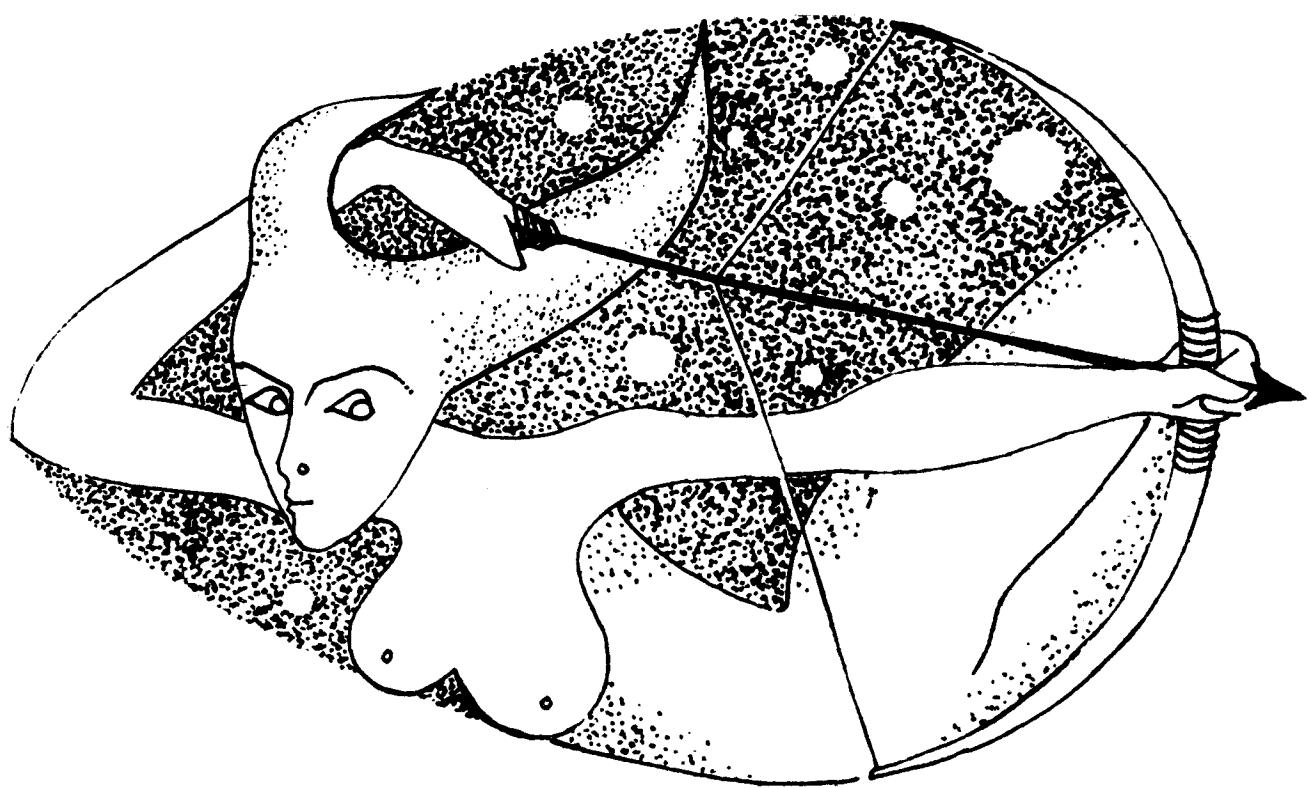
mirarse en los **espejos** y ver sólo el fondo del océano verdoso algas cadáveres de **pez espada** todo en perfecta calma. Se ahogaba.

La argentina Silvia E. Salomón, en **Boceto de una fantasía**:

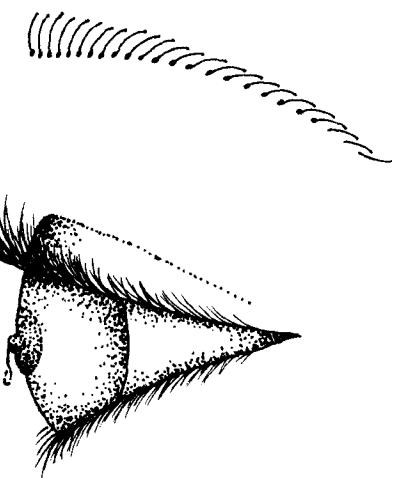
Surgir del submundo de las ideas que esclarecen con rigores de Titán. ser lo blando y lo crudo de la greda entre las manos de alguien que aún cree en las Artes y los sueños. No saber de la **PUPILA vigilante** detenida en una esquina atisbando el paso traficante de quien llega, mata y desaparece, Alcanzar los gajos de la **ESTRELLA** y colgar riendo los nombres célebres de los viejos muertos patriarciales. Fantasear con los **perros** vagabundos y enhebrar collares de **mariposas** ciegas de LUZ de veranos transparentes a la orilla de un mar sin horizontes y sin navíos, sin corales ni suicidios. Abrazarse a un hombre en soledad, besar sus OJOS y su boca y creer en el Amor definitivo. Quemarse en el fuego patético del dolor humano de ser nadie para ser todos en uno, amalgamados en la especie, en la raza, en el sino de saber la vida demasiado breve para alcanzar a vivirla plenamente. Ser el nombre de un sueño inalcanzable y asumir el absurdo de un nunca envejecer.

Raquel Jodorowsky, en **El ángel exterminador** de su libro **Caramelo de sal**:

Y porque así termina todo entre los hombres. Sepultados en el no-amor. Monstruosos bajo la LUZ de la verdad con un terrible miedo de caer dentro del sueño mientras cada OJO se va por diferentes direcciones para aplastar contra una puerta la memoria hasta la sangre. Viajaron hacia el interior de un beso buscando el cosmos y no encontraron nada sino la era miserable de un cuerpo cuyos huesos se le hicieron aire.



30/NORTE



Trataron de respirar en habitaciones prestadas
como quien quisiera cambiar de país
o ser salvado del fuego
y siempre despertaron a una magia de PLANETAS
quebrados.

Quisieron sostener el misterio sobre la tierra
pero el Angel Poderoso con calor de gusano
se acostó con ellos en la oscuridad de la risa
y puso oró en sus dedos
reduciendo a polvo de alas de mariposas
sus corazones que amaban.
Oh, Angel abriendo siempre el sexo de la muerte
con tus cabellos iridiscentes que crecen
"transformándose en lobos.

Extiende tus alas y clávate con alfileres contra el
suelo
atraviéstate con cuchillos, traga palos, devora
carbones encendidos
arrástrate sobre tus espaldas de plumas tristes
y borra el mapa de este mundo cruel.
Olvídate. Deja que los hombres trabajen
en la secreta batalla
en el interior de sus rostros.
Ellos, pobrecitos, que necesitan sus trajes
con ciudades de abejas en los bolsillos.
Angel del Destino de Luto en guerra despiadada
contra el amor
mátame a mi que ya estoy muerta
entonces durante miles de siglos que durará tu
festín
alguien tendrá la libertad sin cuidado
de volver a escribir y de amar y de ponerse
en las fotografías bellas
Oh, Angel, duerme a la orilla de mis pedazos.
Quizás llegues a tocar el SOL.

Manuel Martínez F. de Bobadilla, en Humilde
Castillo de Palabras:

Oh, cuánto pido que otra luz me
alcanzase.—(De Historia del Co-
razón.)

Homenaje a V. Aleixandre

¡Qué denso el bosque bajo la LUZ sangrando
estremecido su secreta sombra!
Tenso el árbol está.
Largos brazos que buscan
con los OJOS inquietos de sus hojas
la luz redonda y suave
del alba que descubre sus caderas
tibias de noche niña y transparente.

Profundo el río que a la tierra asoma
brillante frente ardida en altas lunas,
ganarle quiere al día
húmeda LUZ de cuna sobre el lirio.

Y el mar
quiere invadir la tierra
y entregarse a la arena
con manos clamorosas de alegría
para preñar de luces sus árboles de espuma.
Mientras dolor de sombras hondas nacen
en su PECHO DE ESTRELLAS.

Y el viento tiene su límite en la roca.
La tierra, el mar, el bosque, el río, el árbol,
fue por tu voz
habitado silencio de preguntas
en busca de la LUZ,
silencio alzado como los árboles del bosque.

Y el Hombre.

El Hombre estaba
entre amor y dolor, el musgo diario,
llama y ceniza sustentando muerte
sobre el suelo sonoro de la vida.

¡Que río sin orillas de inacabado tacto
en tus palabras nace, crece y muere!
¡Qué alba, dí, qué alba robadora
cortó las alas al álamo de fuego?
Un grito de alba muerta me traía
abrasado temblor de hierba herida.

Y adentro, tú,
erguido como los árboles del bosque
abrazando la lluvia con tus OJOS
en busca de la LUZ.

Me da miedo acercarme a tu homenaje.

¿Qué te darán mis verdes ramas secas?
De pobre lumbre vestirán tu llama.

Menos aún mi voz,
como canto de tímidas palomas
perdido en la gran fiesta.

Pero vengo y te ofrezco,
este humilde cestillo de palabras
donde para tu sed más viva dejo,
como una flor colgada sobre el tiempo,



la húmeda LUZ DEL AGUA INMOVIL,
la Luz y el Agua
de la eterna palabra creadora.

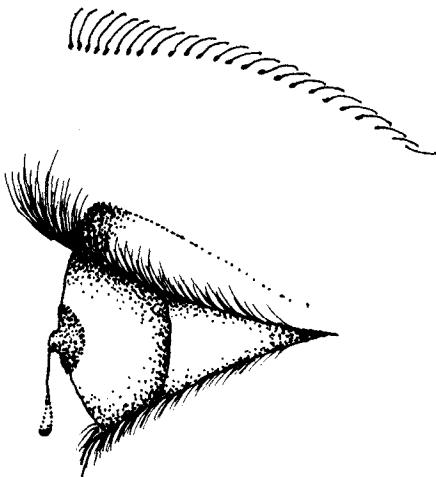
Nélida Pessagno, argentina, en **Universo y tiempo de ser**:

Un pájaro, se detiene en su vuelo desencantado
el aire.
Mi mirada es.
Un árbol es sólo su propia sombra,
desgarrón de tinieblas que se cierne sobre
ESTRELLAS perdidas y encontradas.
Estoy inmersa, detenida en el espacio
DESLUMBRANTE,
PLANETAS aún no descubiertos trazan su
trayectoria elíptica,
con ellos o sin ellos late en el ahora
mi espectante ardor.

Lentes más poderosos esperan los astrónomos
en sus silenciosos observatorios transparentes.

Grávida de mí misma, soy el tiempo, sujeto entre
las prietas redes de un universo incomprendible,
aprisionado por sus leyes y mis leyes.
Los cuerpos por millones, siguen, siguen girando,
contrayendo y dilatando sus LUMINOSAS
ESFERAS en misteriosos ciclos.
Con sus OJOS cada hombre los tiene si alza la
. cabeza, sin conocerlos hace suyos los ASTROS,
aún los que no ha visto.
Cada hombre los pierde un día y otro día.
Ningún hombre los tiene.
Un olvido insondable se sumerge en eclipses.
Un hombre mide el tiempo y lo divide en años y lo
divide en meses y lo divide en días, en horas
y minutos,
otro lo desintegra en la individualidad
de sus angustias,
muchos, tal vez, esperan devorando toda la
incomprensión, quebrando sus derrotas contra
la oscura tierra.

Una hoja se seca desprendida del árbol y cruce ante
los pasos del camino y una ESTRELLA estremece
las voces de su inacabablemente hoy.
El tiempo es y no es.
Ayer, hoy y mañana atravesando con piruetas
circenses, el incendiado aro de voces olvidadas,
voces que alzan su canto, voces perdidas,
soterradas en un frío abismal, despedazadas en
un recóndito esplendor sin palabras.



¡Un tiempo de no ser!

Cuajando de universos, mi pecho se deshace
sangrante, un fiero **cuchillo** de obsidiana me
arranca los latidos,
sobre el altar de **piedra** no he sabido qué gesto,
o distorsión del cuerpo es suficiente.
El sol mira hacia otros lados,
y todo el universo permanece inmutable, espectador
impío de duros OJOS hueros.
Lo sucede su estela de cifras ordenadas y tiempos
calculando paralajes.
Transito los caminos del miedo, vencida, pero con
nuevas flores en las manos, arrancadas de mis
propios orígenes sin distancia,
mi transitoria pequeñez se agita en solidumbre,
trizándose en la rugiente catarata del todo.
El espacio palpita en su atronador canto,
El canto es SOL.

En mis universales contorsiones y leyes
invariables, navegan solos, ¡todos los hombres
solos!, y están solos, ¡todos los hombres juntos!

EL SOL ES UNA ESTRELLA, nada más.
El SOL es vida.

Antonio Machado (1875-1938), andaluz, no simbolizó la leche seca en **Rosa de fuego**:

Tejidos sois de primavera, amantes,
de tierra y agua y viento y sol tejidos.
La sierra en vuestros pechos jadeantes,
en los OJOS los campos florecidos,

pasead vuestra mutua primavera,
y aun bebed sin temor la DULCE LECHE
que os brinda hoy la lúbrica pantera,
antes que, torva, en el camino aceche.

Caminad, cuando el eje del PLANETA
se vence hacia el solsticio de verano,
verde el almendro y mustia la violeta,
cerca la sed y el hontanar cercano,
hacia la tarde del amor, completa,
con la rosa de fuego en vuestra mano.

Alfonsina Storni (1892-1938), en **La vía láctea**,
tampoco simbolizó el recuerdo de la leche seca:

Blanco polen de mundos, DULCE LECHE del cielo,
¡Quién fuera una gigante mariposa divina
Para hundir la cabeza en aquella tu harina
Impalpable y libarte como a cosa del suelo!

Ya de nuevo en los OJOS quema la primavera,
Mas mi pasión humana yace, roto el peciolo,
Y agotada mi alma está, el mundo tan solo,
Que camino y retumban mis pasos en la ESFERA.

Y en las noches nevadas, cuando a pesar de quietos
Siento moverse arriba los blancos esqueletos
De las ESTRELLAS muertas, me acomete como un
Deseo de los cielos, y no sé qué ofreciera
Porque sobre mi frente miserable cayera
Una gota tan sólo de la leche de Juno.

Entre los últimos poemas de Miguel Hernández
se encuentra **Hijo de la luz y la sombra**:

Eres la noche, esposa: la noche en el instante
mayor de su potencia lunar y femenina.
Eres la medianoche: la sombra culminante
donde culmina el sueño, donde el amor culmina.

Forjado por el día, mi corazón que quema
lleva su gran pisada de SOL a dondequieres,
con un sólido impulso, con una LUZ suprema,
cumbre de las mañanas y los atardeceres.

Daré sobre tu cuerpo cuando la noche arroje
su avaricioso anhelo de imán y poderío.
Un ASTRAL sentimiento febril me sobrecoge,
incendia mi osamenta con un escalofrío.

El aire de la noche desordena tus pechos,
y desordena y vuelca los cuerpos con su choque.
Como una tempestad de enloquecidos lechos,
eclipsa las parejas, las hace un solo bloque.

La noche se ha encendido como una sorda hoguera
de llamas minerales y oscuras embestidas.
Y alrededor la sombra late como si fuera
las almas de los pozos y el vino difundidas.

Ya la sombra es el nido cerrado, incandescente,
la visible ceguera puesta sobre quien ama:
ya provoca el abrazo cerrado, ciegamente,
ya recoge en sus cuevas cuando la LUZ derrama.

La sombra pide, exige seres que se entrelacen,
besos que la constelen de relámpagos largos,
bocas embravecidas, batidas, que atenacen,
arrullos que hagan música de sus mudos letargos.

Pide que nos echemos tú y yo sobre la manta,
tú y yo sobre la luna, tú y yo sobre la vida.
Pide que tú y yo ardamos fundiendo en la garganta,
con todo el firmamento, la tierra estremecida.

El hijo está en la sombra que acumula LUCEROS,
amor, tuétano, luna, claras oscuridades.
Brotá de sus perezas de sus agujeros,
y de sus solitarias y apagadas ciudades.

El hijo está en la sombra: de la sombra ha surgido,
y a su origen infunden los ASTROS una siembra,
un zumo lácteo, un flujo de cálido latido,
que ha de obligar sus huesos al sueño y a la hembra.

Moviendo está la sombra sus fuerzas siderales,
tendiendo está la sombra su constelada umbría,
volcando las parejas y haciéndolas nupciales.
Tú eres la noche, esposa. Yo soy el mediodía.

José Luis Núñez, andaluz, en *El planeta amarillo*,
asoció directamente los símbolos al recuerdo de su
lactancia:

Tiempo aquel tan feliz de la naranja.
Mundo carnal, PLANETA preferido
del tímido universo de los postres.
Anillos invisibles de escozores y ácidos
traicionaron mis OJOS infantiles,
crearon su leyenda de Saturno caído
en los pechos lunares de mi madre.
Y era dichoso entonces contemplándola.
Único dueño del REDONDO PLANETA
que Dios nos regresaba de su olvido.
Alegre hechizo aquel de la naranja,
ILUMINADA.
Labios y tacto
rozábanla, encantados de su lluvia finísima,
esporas transparentes que encendían los aires,
desgranándose luego en mínimos arroces
sobre el chaqué nupcial de algún escarabajo,
que por allí rondara con su música a cuestas.
Lagrima boreal.
ESTRELLA cegadora
del árbol rumoroso del recuerdo,
¿qué prodigo hilandero pespunteó tus picos,
unió los constelados meridianos
al cielo lácteo de la cáscara?

Tú fuiste Osa Mayor, galaxia oronda
del **espejo** en penumbras de la cómoda,
puntos suspensivos en los paréntesis del mimbre,
a la hora frutal de la merienda.

Mundo en canal, hiriendo la mirada
de gajos RUTILANTES, te vi un día.
Y fue feliz haciendo con tus vísceras
LUMINOSAS alforjas, plateros trashumantes
que, surcando las rutas paralelas del hule,
coincidían con Dios
en el punto infinito de su nombre.

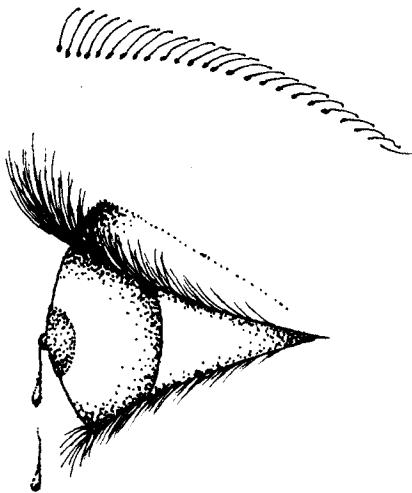
Acabando este trabajo, me enteró por la prensa
del 7 de octubre de 1977, que el premio Nóbel de literatura
le fue concedido al eximio poeta Vicente Aleixandre (n. 1898), como homenaje a la generación
de poetas de 1927: García Lorca, Alberti, Diego, Guillén, Salinas, Cernuda, Prados, Altolaguirre, Garfias, etc. Y recuerdo un pequeño homenaje
—más importante, para mí— que a estas estrellas
quienes, tanta luz han dado al firmamento hispánico
y que darán durante muchos siglos por venir, rindió
otro gigante de las letras castellanas quien murió
despreciado en una cárcel cualquiera y para cuya
viuda e hijo Aleixandre reunía, aunque fuera pan
y cebolla en su casa de la calle de Velintonia, 3, en
un suburbio de Madrid. Veamos **Llamo a los poetas**
de Miguel Hernández (1910-1942) :

Entre todos vosotros, con Vicente Aleixandre
y con Pablo Neruda tomo silla en la tierra:
tal vez porque he sentido su corazón cercano
cerca de mí, casi rozando el mío.

Con ellos me he sentido más arraigado y hondo,
y además menos solo. Ya vosotros sabéis
lo solo que yo soy, por qué soy yo tan solo.
Andando voy, tan solos yo y mi sombra.

Aleixandre, Altolaguirre, Cernuda, Prados, Garfias, Machado, Juan Ramón, León Felipe, Aparicio, Oliver, Plaja, hablemos de aquello a que aspiramos: por lo que enloquecemos lentamente.

Hablemos del trabajo, del amor sobre todo,
donde la telaraña y el alacrán no habitan.
Hoy quiero abandonarme tratando con vosotros
de la buena semilla de la tierra.
Dejemos el museo, la biblioteca, el aula
sin emoción, sin tierra, glacial, para otro tiempo.



Ya sé que en esos sitios tiritará mañana
mi corazón helado en varios tomos.

Quitémonos el pavo real y suficiente,
la palabra con toga, la pantera de acechos.
Vamos a hablar del día, de la emoción del día.
Abandonemos la solemnidad.
Así: sin esa barba postiza, ni esa cita
que la insolencia pone bajo nuestra nariz,
hablaremos unidos, comprendidos, sentados,
de las cosas del mundo frente al hombre.

Así descenderemos de nuestro pedestal,
de nuestra pobre estatua. Y a cantar entraremos
a una bodega, a un pecho, o al fondo de la tierra,
sin el brillo del lente polvoriento.

Ahí está Federico; sentémonos al pie
de su herida, del chorro asesinado
que quiero contener como si fuera mío
y salta y no se acalla entre las fuentes.

Siempre fuimos nosotros sembradores de sangre.
Por eso nos sentimos semejantes al trigo.
No reposamos nunca, y eso es lo que hace el sol,
y la familia del enamorado.

Siendo de esa familia, somos la sal del aire.
Tan sensibles al clima como la misma sal,
una racha de otoño nos deja moribundos
sobre la huella de los sepultados.

Eso sí: somos algo. Nuestros cinco sentidos
en todo arraigan, piden posesión y locura.
Agredimos al tiempo con la feliz cigarra,
con el terrestre sueño que alentamos.

Hablemos, Federico, Vicente, Pablo, Antonio,
Luis, Juan Ramón, Emilio, Manolo, Rafael,
Arturo, Pedro, Juan, Antonio, León Felipe.
Hablemos sobre el viento y la cosecha.

Si queréis, nadaremos antes en esa alberca,
en ese mar que anhela transparentar los cuerpos.
Veré si hablamos luego con la verdad del agua,
que aclara el labio de los que han mentido.

Fredo Arias de la Canal

EL ACENTO DE LA POESIA

Salvador Rueda

La estrofa es un grupo de acordes triunfales,
un haz de equilibrios y justas cadencias,
que llevan, en hombros de alturas iguales,
la idea hecha ritmos, colores y esencias.

Si un hombro es más bajo o escala más cielo,
si un brazo es más corto, si un pie se desvíe,
la idea y las andas se vienen al suelo
por falta de ajuste, de unión y armonía.

La estrofa es el cuerpo de un puente colgante,
de cimbras iguales y trama valiente;
el tren es la idea que cruza arrogante;
si salta una cimbra, va el tren al torrente.

La estrofa es culebra de escamas sutiles,
que el ritmo las suma cual notas abstractas;
su andar determinan las rimas a miles
y cien equilibrios de cifras exactas.

La estrofa es un pájaro de cuatro puntales,
dos pies y dos alas, la tierra y el viento;
no corre, si avanza con pies desiguales;
no vuela, si un ala perdió el movimiento.

La estrofa es un rico collar filarmónico;
si al no ser iguales sus perlas es raro,
ni el collar es bello, ni acorde, ni armónico,
ni noble, ni rítmico, ni puro, ni claro.

La estrofa es hilera de dientes melódica;
si al no ser iguales sus puntos es rara,
ni la boca es bella, ni acorde, ni armónica,
ni noble, ni rítmica, ni pura, ni clara.

La estrofa es caballo de remos iguales
que marchan tocando gentil melodía,
mas dejan los cascos de ser musicales
si alguno, al romperse, perdió la armonía.

La estrofa es libélula de cuatro alas puras
con cuerpo vestido de tintas y galas;
si dos son más débiles y dos son más duras,
por falta de ritmo se anulan las alas.

La estrofa es un barco de cuatro remeros
que en mar de armonías sínfónico boga;
si dos son pesados y dos son ligeros,
el lírico esquife naufraga y se ahoga.

La estrofa es litera de nácar y oro
que en cuatro asideros a cuatro hombres trae;
si no andan los cuatro con ritmo sonoro,
el rey que va en ella vacila y se cae.

La estrofa es un hombre de armónicos trazos;
compás es su pulso, su sangre su aliento;
su andar es un ritmo moviendo los brazos;
sus ojos son doble ritmado portento.

Quien oiga la música de Dios, que la aprenda;
quien sepa sus leyes, estrofas conciba;
quien beba sus llamas, en fuego se encienda;
quien sienta sus ritmos, que cante y que escriba.

Pero como escriben con grupos de hojas
los mil organismos de plantas y flores;
una estrofa armónica de cien rimas rojas
es cada camelia de pulcros colores.

Un haz florecido de iguales acentos,
de versos iguales, de rimas perfectas,
hay en cada rosa que se abre a los vientos,
hay en cada lirio de tintas selectas.

Un clavel de llamas es una poesía,
una unión de pétalos, un ritmo acordado;
ni un acento rompe su gran melodía,
¡pues son los acentos de origen sagrado!

Miles rimas tiene cada hortensia noble,
con las que enriquece salas y jardines;
dobles rimas tiene cada nardo doble,
seis rimas de nácar tienen los jazmines.

Y desde principios del mundo enseñando
viene esas flores sus rimas al viento,
siempre con los mismos pétalos cantando
la inmortal y eterna gloria del acento.

Es un ara pura cada flor o estrofa
donde Dios se eleva trocado en poesía,
y quien hace, innoble, del acento mofa,
ja Dios no comulga, que es pan y armonía!

Que desde principios del mundo enseñando
viene cuanto vive su compás al viento,
¡siempre con los mismos pétalos cantando
la inmortal y eterna gloria del acento!

cartas de solidaridad de la comunidad hispanoamericana



De Castelar, Buenos Aires

Con sorpresa y casi decepción, he leído en el número 279 de NORTE la noticia sobre la probable desaparición de esta excepcional revista de arte y literatura, ante la falta de apoyo de sus patrocinadores.

No es suficiente con una mera adhesión y fraternal acercamiento a su Director frente a una situación tan lamentable. Sin embargo, qué menos que una palabra de estímulo, que un gesto de solidaridad y de comprensión, por la tarea cultural asumida en momentos tan difíciles para la humanidad.

La Revista NORTE es una publicación familiar para muchos escritores latinoamericanos y españoles, recibirla era acceder al conocimiento de hombres y obras que representan un importante aporte para la relación entre los pueblos que de otra manera estarían aislados culturalmente. No hay muchas revistas como NORTE, abierta a las distintas corrientes del pensamiento, con objetivos claros respecto a los valores estéticos y a los movimientos contemporáneos en todas las disciplinas del quehacer actual del hombre hispanoamericano.

Desearía que NORTE continuara afirmando los vínculos creados entre los artistas del continente. Desearía que sus patrocinadores pensaran en la necesidad de este esfuerzo para difundir aquellos valores y comprometerse, hoy más que nunca, en una lucha contra el materialismo y el empobrecimiento cultural que amenaza las relaciones humanas. Desearía, en fin, que NORTE siguiera señalando un camino, una conducta, una política cultural americanista y fraterna.

Espero, mi querido amigo Arias de la Canal, que pueda informarme muy pronto que la Revista ha superado este momento de indecisión y que me dé la buena noticia de la "sobrevida" permanente de NORTE. Va con estos deseos mi invariable amistad.

Alberto Luis Ponzo
Revista Encuentro

De Lima

Hoy nuevamente me ha llegado la maravillosa gesta de vuestra delicada sensibilidad creadora, le agradecemos el fraterno puente que tiende sobre nuestra atormentada Latinoamérica.

No puedo sustraerme al elogio encendido al contemplar la sacra vigencia de los elevados manes del espíritu en vuestra heroica revista. Un abrazo immenseo para Ud. y sus colaboradores y aquí esperamos el número mil de la deliciosa NORTE.

Jorge Espinoza Sánchez

De Buenos Aires

Hace ya mucho tiempo que deseaba dirigirme a Ud. para expresarle el agrado y la complacencia con que se recibe en mi hogar la magnífica revista "Norte", órgano del Frente de Afirmación Hispanista, que Ud. dirige y orienta con tanto acierto. Como eventual colaborador de la misma, pero sobre todo como viejo y consecuente lector de ella, me complazco muchísimo en hacer llegar a Ud. la expresión de profunda satisfacción por esa revista, que me llega a mí puntualmente, como a muchos colegas y amigos de mi país, y cuyo contenido cultural, amplio, variado y de invariable alta calidad, constituye un material que no es solamente para leer en el momento sino para guardar y consultar posteriormente. Creo que "Norte" desempeña un papel de primer orden para la comunicación espiritual de tantos hispanoparlantes e hispanoamantes como vivimos en este Continente. Es un lazo de vinculación cultural y humanística hispanoamericana de gran valor. Hace mucho tiempo que deseaba expresarle todo esto, así como mi agradecimiento por el envío periódico de la revista, y al mismo tiempo formular mis votos más fervientes porque este invaluable e inomitable canal de comunicación entre los integrantes del vasto mundo hispanohablante siga haciéndonos llegar puntualmente su mensaje.

Luis Soler Cañas

De Envigado, Colombia

Convencido como estoy, por los varios ejemplares de la Revista NORTE, que he leído con avidez, de que, usted está cumpliendo a cabalidad la más meritaria y positiva misión; como es la de llevar la luz del espíritu a todos los confines donde es ansiada y esperada la ilustre publicación; me he sorprendido al leer su nota en la cual da usted el SOS! por una posible suspensión de la Revista.

Es increíble, señor Arias de la Canal, que se le vayan a cerrar las puertas a la verdad, que se trate de poner una cortina oscura a través de la luz que se le de preeminencia a la noche eclipsando al día; porque no es otra cosa la que va a ocurrir, si se suspende la publicación de NORTE, la gran Revista mexicana tan acertadamente dirigida por usted.

Una vez más le manifiesto mis más sinceros agradecimientos por el envío de la ilustre Revista.

Lo felicito y espero que las cosas ocurran en sentido diferente, usted tiene que salir adelante porque se ha convertido en un verdadero pionero de la cultura, por lo mismo, Dios habrá de compensar sus esfuerzos.

Víctor Cardona Rojas

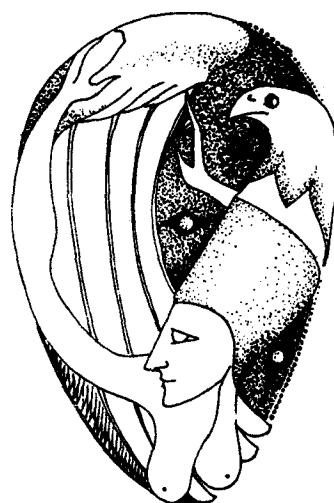
De La Plata

Con verdadera consternación acabo de leer la desagradable noticia de la posibilidad de suspensión de la publicación de "Norte", el órgano difusor de El Frente de Afirmación Hispanista. Dolemente lamentable la circunstancia: Primero: por cuanto ello significa un baldón evidente a la cultura; segundo: porque priva a los lectores de América Hispana de la única revista de trascendencia ecuménica en habla española.

Hoy, más que nunca, en que el hombre necesita comunicarse espiritualmente, importa la existencia de medios de intercambio cultural. Si se priva de ellos a quienes viven diariamente anhelosos por conocer cómo y cuánto se eleva la humanidad por sobre el lodazal de la indiferencia e incomprendición, cuando no de la intolerancia, es no otra cosa que sumirles en la oscuridad cavernosa de la que tanto le ha costado al hombre desligarse.

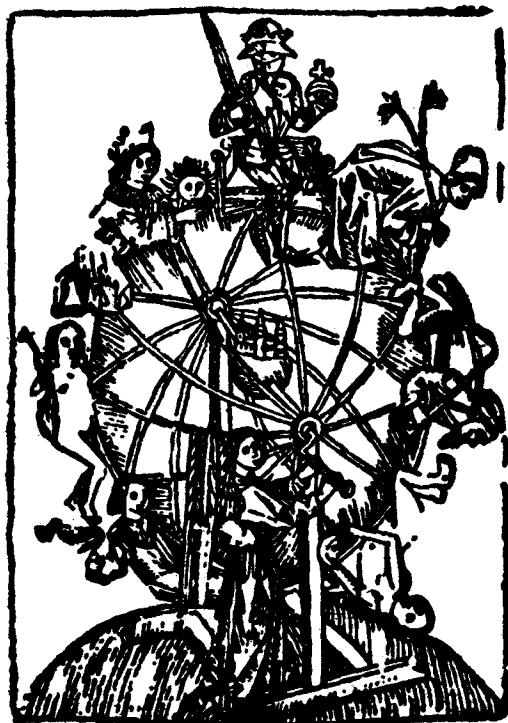
Es de esperar que todo se solucione para bien de la cultura. Hasta tanto, llegue hasta usted y el núcleo maravilloso de colaboradores la seguridad de mi franco apoyo.

Prof. Lázaro Seigel



«El poeta es el hombre. Y todo intento de separar al poeta del hombre ha resultado siempre fallido. Por eso sentimos tantas veces como que tentamos a través de la poesía del poeta algo de la carne mortal del hombre. Y espiamos, aun sin quererlo, aun sin pensar en ello, el latido humano que la ha hecho posible; en este poder de comunicación está el secreto de la poesía que, cada vez estamos más seguros de ello, no consiste tanto en ofrecer belleza cuanto en alcanzar propagación, comunicación profunda del alma de los hombres.»

VICENTE ALEIXANDRE



Patrocinadores:

ORIENTAL MICHOACANA, S. de R. L.

TEXTILES INDUSTRIALES, S. A.

EL PINO, S. A.

CIA. INDUSTRIAL MEXICO, S. A.

HILADOS SELECTOS, S. A.

IMPRESOS REFORMA, S. A.

LA MARINA, S. A.

LAMINAS ACANALADAS INFINITA, S. A.

REDES, S. A.

RESINAS SINTETICAS, S. A.

RESTAURANTE JENA

